

EDICIONES BIBLIOTECA FILME.

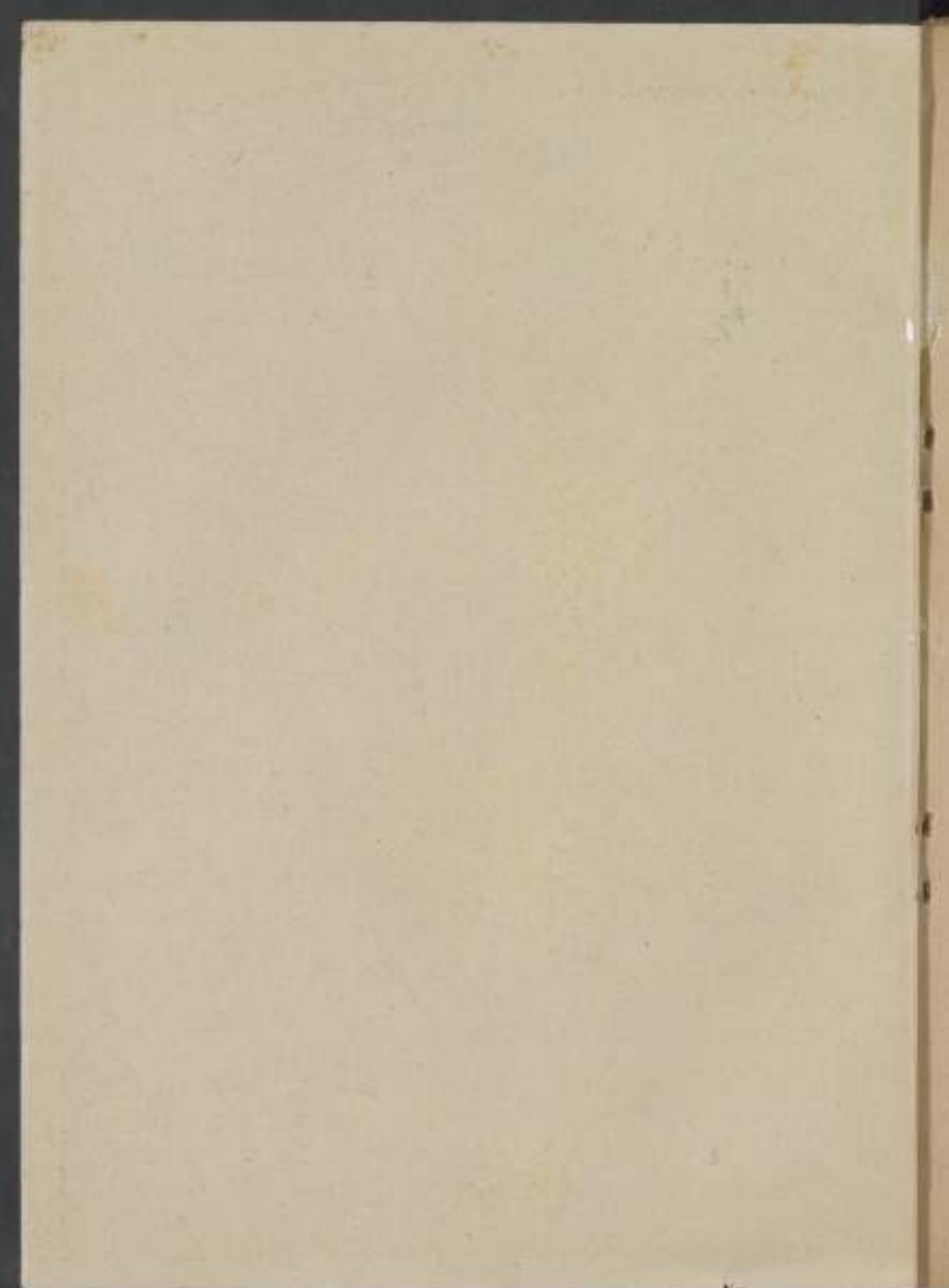
• SERIE ESPECIAL •

Colorido Atlas



GREGORY
PECK
JOAN
BENNETT
ROBERT PRESTON

Pasion en la Selva





Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 - BARCELONA - Teléfono 70657
Valencia, 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbarr, 14, Barcelona - Tarrasa, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"



AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 145

NUM. 394

Pasión en la selva

La vida y la muerte de Francis Macomber fueron misteriosas. ¿Qué impulsó al millonario norteamericano y a su esposa a enfrentarse con las más terribles fieras africanas y con las más crudas pasiones, en presencia del apuesto y valiente cazador profesional Robert Wilson?

PRODUCCION

UNITED
ARTISTS

DISTRIBUIDA POR

Producciones
Cinematográficas

Rambla Cataluña, 60 - BARCELONA



PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Margaret Macomber</i>	<i>Joan Bennett</i>
<i>Robert Wilson</i>	<i>Gregory Peck</i>
<i>Francis Macomber</i> . .	<i>Robert Preston</i>

Director:

Zoltan Kordan

Narración literaria:

Juan Planas

FRANCIS MACOMBER

Las luces de las alas del avión se destacaron en la oscuridad nocturna como las pupilas de un gigante. El aparato enfiló rápida y graciosamente hacia el aeródromo, y comenzó a tomar tierra con suave majestad.

Kongoni entregó el sombrero a Robert Wilson, que se lo puso distraído, con los ojos fijos en la mujer que lloraba a su lado. Cuando los porteadores negros se encaminaron hacia la portezuela del aeroplano, Wilson obligó a levantarse a Margaret Macomber, pasándole un brazo por la cintura, y exclamó con acento seguro:

—No le pasará nada. No tiene por qué preocuparse. Procure tan sólo contener sus nervios.

Margaret alzó hacia el joven su rostro pálido y trastornado, y consiguió, con un enorme esfuerzo de voluntad, detener sus sollozos.

El capitán Smollet, comisario de policía de Nairobi, les aguardaba al pie de la escalerilla. Su aristocrático semblante tenía una expresión de condolencia.

—Lamento conocerla en estas circunstancias—dijo a Margaret—. Pero tenga la bondad de aceptar mi más sincero pésame.

—Gracias—murmuró Margaret.

Inmediatamente lanzó un gemido de protesta. Un periodista gráfico le había hecho una fotografía. Wilson se irguió.

—Apártese a un lado, capitán Smollet—suplicó Logan, el periodista—. Quisiera una foto de Wilson y de la señora nada más.

Margaret le dio la espalda y protestó:

—Por favor, no.

—Nada de eso—exclamó, galante, el capitán Smollet.

La señora Macomber, Wilson y el comisario echaron a andar. Logan los acosó.

—Lo siento, capitán; pero las noticias son las noticias.

Wilson dio una zancada hacia él y dijo ceñudo:

—Ya está bien, Logan; ya está bien.

Estas simples palabras bastaron para ahuyentar al inoportuno. El comisario les condujo hacia un automóvil, parado junto a una ambulancia, y explicó a la señora Macomber:

—La acompañaré a usted en mi coche hasta el hotel. El señor Wilson y el señor Ames se encargarán aquí de todo lo demás.

—Gracias, capitán Smollet. Es usted muy amable—dijo Margaret y se volvió hacia Wilson—. ¿Cuándo le veré?

—Más tarde quizá—prometió Wilson vagamente.

—Base por Jefatura dentro de una hora—le avisó el comisario.

Una vez a solas, Wilson encendió un cigarrillo. Metióse las manos en los bolsillos y se acercó a la ambulancia. Kongoni y Abdulla estaban sacando unas parihuelas del avión. Algo muy pesado, y cubierto por una manta, reposaba en ellas. Los auxiliares negros contemplaron medrosos cómo sus hermanos de raza llevaban la camilla a la ambulancia.

Ames, el forense, se puso al lado de Wilson. Era un hombrecillo charlatán.

—¿Identificará usted el cadáver?—preguntó a Wilson.

—Desde luego.

—Pesaba lo suyo, ¿verdad? ¿Se llamaba Macomber?

—Francis Macomber.

—¿Escocés?—indagó Ames.

—Norteamericano—le informó, lacónico, Wilson.

—¡Ya! ¿Simpático?

—¿Qué importa eso ahora?

Ames tomó asiento en el estribo de la ambulancia y convino:

—Sí, claro. ¿Cuándo ocurrió?

—Esta mañana, a primera hora. Cazábamos búfalos.

Ames agitó excitado el maletín de cuero que contenía su instrumental y gritó:

—¡Ah! Eso explica muchas cosas. Recuerdo el primero que intenté rematar. Mejor dicho, los cuatro que íbamos. Cada uno con su rifle, disparando a placer. Hubiera usted creído que tirábamos con perdigones. Cuesta lo suyo darles muerte.

—Sí, cuesta lo suyo—repitió, distraído, Wilson.

—Y será idiota el que confíe en un tiro de suerte. Tan idiota como el que pretendiese parar una locomotora con la piedra de una honda.

Wilson se impacientó. Arrojó la colilla de su cigarrillo.

—Tuvo mala suerte, simplemente. Acabemos con todo esto de una vez.

Ames, cohibido por el tono del cazador, levantó un pico de la manta para echar un vistazo al cadáver. Sus ojos se desorbitaron.

—Pero si yo creía...—balbució.

Wilson carraspeó.

—No, no sufrió una cornada, sino un disparo.

—¿Por la espalda?

—Por la espalda.

—¿Accidente?

—Accidente—gruñó Wilson.

Pero su inquietud no afectó esta vez al forense, cuya curiosidad estaba al rojo vivo.

—¿Quiénes estaban allí?

Wilson contestó de mala gana:

—Su esposa y yo, Kongoni y Abdulla.

Ames parpadeó durante un momento. Estaba pensativo.

—¿El búfalo estaba herido?

—Sí—repuso Wilson, y se mordió los labios.

—No hay nada peor—comentó Ames, como si la afirmación lo aclarase todo—. Se levantan y vienen hacia uno como un tren expreso. Todo el mundo dispara. Son muy difíciles de rematar. Bien pudo pasar una cosa así.

—Desde luego fué como pasó—aseveró Wilson sobriamente.

Concluidos los formalismos, y antes de ir a la Jefatura, Wilson entró derrengado en el bar de Aimée. Tuvo que esperar unos segundos, pues el mostrador estaba desierto. Por fin salió la propietaria del establecimiento, una mujer joven, de lindo rostro e insinuantes maneras.

—Hola—le saludó—. Esta vez el viaje fué corto.

—Sí. Muy corto—murmuró Wilson abriendo una cajetilla de cigarrillos.

Aimée le sirvió medio vaso de licor con agua de seltz. Le contempló a hurtadillas un segundo. Después, indagó con simulada indiferencia:

—¿Cuándo llegaste?

—Hará una media hora.

—¿Volvieron contigo tus dos clientes?

—Sí, los dos.

—¿Buen vuelo? ¿Le gustó a la señora Macomber?

Wilson depositó el vaso en el mostrador y la miró con fijeza.

—¿Te importa?

—Y al señor Macomber, ¿le gustó?—insistió, irónica, Aimée.

—No me lo dijo—masculló Wilson.

—Simpático ese americano. Aquella vez que estuvo aquí contigo bebió un horror. ¿Cómo sigue?

—Cuando le dejé hace unos minutos no podía estar más sobrio.

Aimée no se dio por satisfecha. Comprendía que Wilson no tenía ganas de hablar, y por eso mismo procuraba hacerle soltar la lengua.

—¿Fué bien la cacería? ¿Dispararon todos a placer?

—Todos.

—¿Incluida la señora Macomber?—añadió Aimée con retintín.

Wilson frunció el entrecejo.

—¿Adónde intentas llegar?

—Siempre temí que alguna vez te metieras en un buen lío, Wilson—replicó Aimée lentamente—. ¿Estás en un aprieto?

—¿Qué te hace suponer eso?

—La intuición femenina, Wilson—contestó Aimée arrastrando las sílabas—. Una mujer es capaz de hacer cosas que un hombre jamás haría. Yo asesinaría por el hombre a quien quisiera con locura.

El sentido de la frase era demasiado diáfano para que se le escapara a Wilson. Aimée estaba enamorada de él. Pero el cazador replicó con frialdad:

—Tú debes de leer demasiadas novelas.

—Y tú estás enamorado de ella.

—Ni me ha pasado tal idea por la imaginación.

—No necesitas pasarte por la imaginación.

Wilson le lanzó una ojeada glacial y se dispuso a replicar, pero en aquel momento entró Logan, el periodista, regañando a Wilson por haberle plantado en el aeródromo. El cazador levantó una mano para cortar su torrente de palabras y le advirtió:

—No hay artículo, Logan.

—¿No? Pues tiene que haberlo... por la intervención de las autoridades en el asunto. Tengo que publicar algo, de modo que bien podrías...

—Nada en absoluto—le cortó Wilson.

Logan se encogió de hombros.

—Bueno: Una mujer bonita, un marido rico y el resto puedo imaginármelo.

Wilson se levantó del taburete con violencia. Cogió a Logan por la solapa y lo alzó en vilo.

—Puedes, ¿eh?—silbó entre dientes.

Logan se asustó. Se puso lívido. Tartamudeó:

—Perdona, Wilson. No sabía...

—Abandona las suposiciones—le aconsejó el joven, soltándole; y dijo a Aimée—: Y tú también.

Echó una moneda sobre el mostrador, recogió su sombrero y se marchó. Pero tenía que soportar una prueba más en aquel día de pruebas: la de entrevistarse con el capitán Smollet. Entró en

el despacho de éste, a quien entregó la película impresionada en el lugar de autos, y le informó que el forense había inspeccionado el cadáver y que los funerales estaban preparados.

—¿Fue accidente?—preguntó el comisario, indicándole una butaca.

—Sí—repuso Wilson, tomando asiento—. Kongoni y Abdulla han testificado en ese sentido.

Smollet estudió el rostro fatigado del joven y apuesto cazador. Suspiró y comentó suavemente:

—Ese Macomber era un tipo algo raro.

—Como el resto de su clase, pero no peor—contestó Wilson.

—Y era muy rico.

—Eso creo.

—¿Sabe usted?—comentó Smollet apaciblemente—. Me gusta la gente de esa esfera social cuando los veo por primera vez. Pero algunas veces, cuando observo a sus componentes más despacio, tengo la impresión de haber mirado por una cerradura y haber visto algo vergonzoso.

La invitación indirecta a que hablase acerca de sus clientes era demasiado clara para que Wilson la pasase por alto. Aunque le repugnaba hacerlo, consideró el asunto por un momento. ¿No sería mejor descargar su pecho y explicar sus temores a Smollet? El comisario era amigo suyo, y de ello había dado pruebas en diferentes ocasiones. Quizá fuese verdad lo que Smollet insinuaba...

Pero, ¿sería honrado y justo comunicarle sus aprensiones; más exactamente, sus observaciones? Lo que interesaba a Smollet eran las conclusiones a que había llegado en su trato con los Macomber. Pero no podía ceder. Tal vez, de aceptar la insinuación, cometería un error.

Todo lo sucedido estaba aún confuso en su mente. Precisaba de ponderarlo con calma, a solas, ante un buen vaso de «whisky» que le relajase sus tirantes nervios. De pronto recordó asimismo que era ley no escrita entre los cazadores blancos la obligación de mostrarse parcos en palabras en lo que atañiese a sus clientes y evitar todos los chismorreos para evitar que los habitantes de

Nairobi comadreasen a los pocos minutos; no en balde la población no era tan grande.

Todo lo recapacitó el cazador en un segundo, en menos tiempo del que se tarda en exponerlo. No obstante, había habido una pausa, y Smollet se había percatado de ella. Así, pues, sus ojos grises examinaban con agudeza a su interlocutor mientras su animadora sonrisa persistía en sus labios.

—Yo no miro por las cerraduras—replicó Wilson—. La caza es la caza, y a mí me pagan sólo para hacerla.

—Pero esta cacería era diferente—insinuó Smollet.

—¿Por qué diferente? Únicamente el final.

—Algo más que el final—objetó Smollet—. Escuche, amigo. No soy mal observador y conozco a esa clase de personas. El mundo está lleno de ellas. Nacen para convertirse en víctimas. Sufrir accidentes es para ellas tan natural como respirar.

Wilson entendió y lanzó una dura mirada al comisario.

—Nadie está buscando coartadas, Smollet—dijo secamente.

El comisario describió un gesto vago y, después de una pausa embarazosa, entregó un impreso al cazador para que lo llenase con el informe de lo sucedido; Wilson arrugó la frente al aceptar el papel.

—Yo ya he hecho un informe verbal. Es cuanto se necesita para un caso de accidente.

—No en esta ocasión—respondió Smollet, y le alargó un montón de impresos—. Tenga: será mejor que se lleve más. Puede estropear alguno. Envíe la contestación a tiempo para la encuesta de mañana. En un caso como éste, no podemos dejar el menor cabo sin atar. El cónsul americano necesita el informe oficial para su archivo. Y eso es lo malo, que dicho informe trascenderá, Wilson. De modo que no omita detalle. Debe de haber sido una cacería muy emocionante, porque parece haberle afectado...

Wilson tomó los informes y se dirigió en silencio a la puerta. Antes de que la abriese, el comisario tornó a hablar, esta vez con acento amistoso:

—Oiga, Wilson. Si le aliviara a usted algo sincerarse conmigo.

siempre estará dispuesto a escucharlo. Puede hablarme con toda confianza. Y, desde luego, en plan particular, Wilson.

El cazador rehusó la invitación murmurando una frase de agradecimiento. Smollet contempló su alta figura, a través de la puerta vidriera, mientras se alejaba, y meneó la cabeza preocupado.

Una vez en su domicilio, en tanto que Kongoni y Abdulla abrían las maletas y arreglaban la casa, Wilson encendió la luz de su escritorio, sobre el que dejó caer los informes. Se preparó una bebida. Después empuñó la pluma y encabezó su declaración con la palabra «Accidente». Se paró a reflexionar. En aquel instante sonó el teléfono.

—¿Diga?... ¡Margaret!... Debe y tiene que serenarse. Ahora no puedo verla. No, ni usted venir aquí... Claro que no. Y menos según están las cosas... Ahora no, ¿no lo comprende?... Pues tiene que continuar sola; no hay más remedio...

La señora Macomber cortó la comunicación. Tras intentar ponerse de nuevo en contacto con ella, Wilson volvió los ojos al informe. Lo arrugó de un manotazo y lo tiró al suelo. Se levantó nervioso y se paseó por la estancia. En sus oídos resonaban las amables palabras de Smollet: «Dicho informe tendrá trascendencia, Wilson... Puede hablarme con confianza. Y, desde luego, en plan particular...»

La llamada de Margaret y la oferta de Smollet complicaban las cosas. Se acercó al balcón, con el cerebro convertido en un caos... ¡Tenía que decir la verdad! Pero ¿cuál era la verdad?... Le gustaría saberlo... Las cosas habían empezado tres días antes...

Lo mejor sería reflexionar para averiguar... lo que fuera.
Y Wilson repasó los acontecimientos con pasión...

EMPIEZA EL INFORME

Wilson entró aquella mañana apresuradamente en el vestíbulo del hotel y anduvo hacia el mostrador de recepción. Preguntó al empleado:

—¿El señor Macomber?

El empleado le indicó a un hombre joven, sentado en un sillón del vestíbulo. Macomber había oído la pregunta y se puso de pie al acercarse a él Wilson.

—Usted debe de ser Wilson.

—Justo.

—Yo soy Francis Macomber.

Wilson tenía la costumbre de medir a los hombres de una ojeada. Aquél le fué simpático. Era alto, no tanto como él, y vestía con elegancia. Macomber contestó a su sonrisa.

—Ha llegado con un pequeño retraso—se excusó el cazador.

—No tiene importancia. Estaba entretenido—afirmó Macomber— ¿Sabe usted de qué se trata? Me interesaría hacer una carrera con usted.

—Bien, es mi profesión.

—¿Le importa tomar una copa conmigo mientras hablamos de ello?

—Nunca rechazó una invitación como ésta.

Los jóvenes pasaron al bar. El camarero les sirvió dos «gimleta». Macomber aprobó la bebida con un chasquido de la lengua y se encaró con Wilson.

—Yo no tenía idea de que ustedes fuesen tan difíciles de encontrar.

—La altura de la temporada—repuso Wilson.

—Nuestro cónsul ha estado muy solícito. Tuvo que recorrer toda la ciudad. Temía que fracasara.

—Dió conmigo por casualidad.

—¿Necesita algún anticipo, Wilson?

El cazador sonrió.

—El dinero nunca viene mal.

—¿Cien libras?—ofreció generosamente Macomber.

—Me parece muy bien—declaró Wilson y, tras una pausa, añadió: —Pero, escuche: yo no garantizo muchos trofeos. No soy hechicero. Sin embargo, le organizaré una cacería como es debido. Dirigiré el ojeo y le guardaré las espaldas. El resto es cuenta suya. ¿Le parece bien?

Macomber se declaró encantado con el trato y con la franqueza del cazador. Le agradaba la virilidad y recitud de éste. Después, cogiendo su copa, abandonó su asiento y se acercó a unos trofeos de caza que había en la pared. Hacía rato que los estaba contemplando con avidez.

Wilson le mencionó los nombres de los animales. Los ojos de Macomber chispearon.

—¿Qué se siente al tener uno de estos amiguitos suelto delante de las narices?—preguntó con acento de intimidación.

Wilson apretó los labios. Los cazadores no solían hablar de tales cosas con sus clientes como medida de precaución. Por consiguiente, respondió con perquedad:

—Diferentes sensaciones en diferentes circunstancias.

—¡Ah, vamos, cuénteme!—le instó Macomber.— ¿Qué siente un hombre normal?

—Es mejor no sentirlo.

—¿Y qué hace?

—Deja de respirar y empieza a disparar. Pero no hablemos de cosas poco convenientes. ¿Cómo anda usted de armamento? ¿Qué ha traído?

Macomber despegó con dificultad sus ojos de los trofeos y contestó:

—Traje un «holianda» de Inglaterra.

—Bien hecho—aprobó Wilson—. ¿Y qué más?

—Pensé que el resto podría comprarlo aquí.

—Buena idea. Aquí tenemos armerías excelentes. Pero antes he de preparar mi gente y mi equipo.

—¿Cuánto tardará en ello?

—Un día o dos. ¿Cuántos forman su partida? —Inquirió Wilson.

—Sólo mi esposa y yo.

Wilson meneó la cabeza. Aunque sonrió, su voz era severa al decir:

—Las mujeres a veces dan muchos disgustos. Una sola es capaz de hacer cisco la mejor cacería. Son perezosas, se asustan de todo y jamás se dan por contentas.

Macomber arqueó las cejas y luego se echó a reír.

—Yo me encargo de mi mujer.

—Bueno, entonces yo me encargaré de todo lo demás—suspiró Wilson aliviado.

Wilson difirió la compra del armamento hasta la víspera de la partida. Tal día estaba en la armería con Macomber, cuya indumentaria era ya la adecuada para aquellas latitudes; sahariana, pantalón corto y salakof. Hablaba animadamente con el dependiente del establecimiento cuando se abrió la puerta del mismo y entró una mujer. Era joven, morena, de ojos azules y de graciosa estatura. Sin vacilar se dirigió en dirección a Wilson y le interpelló:

—¿El señor Robert Wilson?

El cazador se volvió y se quedó sin aliento al verla. Había imaginado, sin saber por qué, que la esposa de Macomber sería una mujer extravagante. Se quitó el sombrero mientras su clien-

te hacía las presentaciones y estrechó la menuda mano de la señora Macomber.

—¿Cómo está usted?

—Muy celosa de usted, señor Wilson—declaró Margaret con volubilidad—. Desde que Francis le conoció no he oído otra cosa que: «El señor Wilson dice esto; el señor Wilson hace aquello.» No oigo hablar sino de la caza. Mi marido se ha convertido en un gran admirador suyo, señor Wilson, y espero que no le importará mi franqueza, pero es algo que me pone bastante nerviosa.

—Lo siento, señora Macomber—murmuró Wilson.

El rostro de Francis retrató la alarma.

—Pero, querida, ¿no estás contenta de que hayamos encontrado tan buen acompañante?

Ocupada como estaba en examinar a Wilson, la contestación de la señora Macomber llegó con algún retraso. Le gustaba aquel hombre alto y fuerte, de facciones enérgicas y delicadas a la vez, que indicaban una intensa vida espiritual, muy en desacuerdo con su oficio. Al fin dijo:

—Estoy encantada.

—El señor Macomber no me dijo que tenía una esposa tan bella.

—Francis, querido—protestó Margaret—. Esto es muy raro en ti.

Macomber dejó sobre el mostrador el rifle que estaba estudiando.

—Wilson, no sabe usted lo que significa para un hombre el que hayan de recordarle constantemente que está casado con una mujer bonita.

—No creo que a ti te cause mucho efecto—replicó Margaret.

Wilson les recordó que estaban eligiendo armas. El dependiente ofreció a Macomber un «springfield» de enorme potencia y precisión. Macomber preguntó la opinión de Wilson y éste respondió:

—¿A qué está usted habituado? Dijo que había cazado algo.

—Sí, hice lo que pude allá en mi tierra. Más de lo que pude. Ya sabe usted: patos, venados, algún alce...

Margaret lanzó una risita.

—Querido, ¿por qué no le cuentas al señor Wilson lo que pasó aquella vez que atrapaste aquel enorme tiburón?

Macomber hizo un ademán de impaciencia y suplicó a Wilson que no hiciera caso a su esposa. El dependiente, con la aprobación del cazador, ofreció un «mannlicher» a Margaret.

—Jamás lo usará—aseguró Macomber.

—Francis tiene razón—confesó Margaret—. Como tiradora soy horrible. Nunca llego a ver el blanco a través del punto de mira... Francis, tesoro, te has olvidado de una cosa.

Macomber soltó una exclamación de contrariedad y abandonó el «springfield», con el que estaba tan encantado como un niño con zapatos nuevos.

—Las flores para esta noche. Debe de haber alguna floristería...

Wilson le orientó hacia una cercana. Ido Macomber, el cazador atendió a su esposa, que empuñaba el «mannlicher». Margaret le preguntó:

—¿Servirá para algo?

—Para todo cuanto pueda tropezar.

Margaret se echó el rifle al hombro y apuntó a la pared. En esta posición, que ocultaba parcialmente su cara, exclamó:

—Dígame, señor Wilson, ¿qué siente una persona cuando mata?

—No sé exactamente a qué se refiere—contestó Wilson desconcertado por la pregunta—. A las mujeres, normalmente, no les gusta matar.

—Pues yo no soy una excepción. Pero siento una curiosidad tremenda. Al fin y al cabo soy mujer.

«¿A qué tanta insistencia?», pensó Wilson. La señora Macomber le contemplaba de un modo raro, casi de hurtadillas. ¡Sí! ¡Era la maldita curiosidad femenina!... Pero había algo más; no sólo era curiosidad. Wilson estaba desorientado. No conseguía ver el rostro de la norteamericana. Estaba convencido de que lo ocultaba adrede, utilizando para ello no sólo el rifle, sino el ala del amplio sombrero blanco que llevaba.

Wilson tenía sus dudas acerca del sentimiento que Margaret despertaba en él. Hablando francamente, como solía hacerlo, hubiera confesado a un amigo —de tenerlo tan íntimo como para atreverse a tal confesión, cosa que no ocurría— que Margaret le era profundamente antipática.

Esto no se debía a lo afectado de su presentación cuando apareció en la armería. Al fin y al cabo, había sido un rasgo de coquetería femenina propio de una mujer mimada por la fortuna y por los hombres. Si Margaret le repelía, por lo menos moralmente, tal cosa procedía del trato despectivo de que hacía gala con su marido.

Este desprecio, más bien esta trivialidad, desagradaba sobremanera a Wilson, que había comenzado a apreciar al joven norteamericano. Y aquella pregunta, la que acababa de hacerle Margaret, había despertado, sin saber por qué, una vaga sospecha. Por lo tanto, creyó más oportuno emplear el tono oficial con que se hacen declaraciones a los periodistas. Dijo Wilson:

—Pues se siente admiración por el animal si se ha hecho todo de acuerdo con las reglas.

—¿De acuerdo con qué reglas?—puntualizó Margaret.

—Las del juego limpio—explicó muy serio Wilson—. Las de la deportividad. Cuando usted tropieza con un animal salvaje tiene que procurar concederle una especie de igualdad en cuanto a ventajas.

Margaret bajó el rifle, sorprendida.

—¿A qué llama usted igualdad?

—A enfrentarse con él en campo abierto y a pie.

—¿Y si no lo hace?—indagó Margaret después de meditar.

—No se apreciará mucho a sí mismo.

—¿Se refiere usted a que es un acto despreciable?

—Esa es la palabra.

Margaret se encaró con Wilson, clavando sus ojos en los de él.

—¿Y no hay algo más en todo ello?—insistió—. Una vez leí en un libro que cazar, conquistar y matar, brindan, con su salvajismo, emociones que están estrechamente ligadas con los...

bueno, a los sentimientos que convierten a un hombre en un hombre y a una mujer en una mujer.

Wilson carraspeó y preguntó, por último:

—Bien, ¿y cuál es el título del libro que leyó?

Margaret se encogió de hombros, soslayando la pregunta.

—No me acuerdo. Era uno de esos filósofos alemanes.

Wilson cogió el rifle y lo dejó en las manos del dependiente, que había atendido a la conversación como una estatua; se limpió un poco la grasa de las manos y sonrió.

—De modo que ha venido usted aquí para aprender a matar. Margaret pareció escandalizada. Sólo lo pareció.

—No, Dios no lo permita. Usted es como todos los hombres. No entiende usted a las mujeres más de lo que las entiende mi marido.

La afirmación no afectó gran cosa a Wilson. Aquellas cuestiones le tenían sin cuidado, a pesar de provenir de una mujer tan atractiva. Por lo tanto, declaró simplemente:

—Porque no tengo necesidad.

En aquel momento regresó Macomber. Dijo que había encargado las flores para la mujer del cónsul. Llevaba también una hermosa orquidea para su esposa. Margaret lanzó una mirada de soslayo a Wilson, que la soportó con indiferencia. A continuación, Macomber les invitó a tomar unas copas en honor de la excursión.

La celebración se prolongó durante todo el día. A las once de la noche los tres cazadores entraron en el establecimiento de Aimée. Wilson penetró el primero y sostuvo la puerta para que pasasen sus clientes. Margaret aprobó de una ojeada el local, en el que había algunas parejas, y se volvió hacia Wilson.

—¿De modo que ésta es la parte de la ciudad que usted frecuenta, señor Wilson?

—Siempre estoy aquí—repuso el joven ofreciéndole uno de los altos taburetes.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizá porque me encuentro a gusto.

Aimée se separó de una de las parejas a la que estaba sirvien-

do y se acercó perezosamente a ellos. Echó una mirada a la señora Macomber y su cara tomó una expresión cáustica. Wilson lo notó, pero prefirió ignorarlo. Pero Aimée no se arredró.

—Creí que no te vería esta noche, Wilson—comentó, arrastrando las palabras.

Wilson esquivó la indirecta presentándole los Macomber. Aimée inclinó la cabeza hacia ellos y después dijo con más compostura:

—¿Qué van a tomar?

—Yo lo de siempre—contestó Wilson.

—¿Cómo ha dicho, señor?—exclamó Aimée, que no quería concederle ninguna ventaja—. Lo de siempre, ¿qué es?

Wilson clavó los ojos en ella y rió para sí.

—Sencillamente, lo de siempre.

Aimée prefirió no replicar y se apartó un poco para buscar una botella. Margaret la siguió con la mirada y se encaró después con Wilson. Inclinó la cabeza hacia Aimée y quiso saber:

—¿Una de las razones de que se encuentre a gusto, señor Wilson?

Macomber intervino rápidamente:

—Margaret, no te metas en los asuntos del señor.

Se quedaron callados. La radio del bar transmitía una suave música de baile. Después de beber un poco, Margaret se volvió hacia Wilson y le preguntó si bailaba tan bien como disparaba. Wilson se ruborizó.

—Bailo muy mal.

—Vaya, Wilson, vaya—le animó Macomber.

Wilson y Margaret se pusieron a bailar, abstraídos en sus pensamientos. Aimée los contempló un momento; luego dejó con violencia una copa sobre el mostrador.

Los psicólogos hubieran definido a Aimée como una mujer primitiva. La joven, en cierto modo, lo era, si lo primitivo consiste en querer u odiar sin matices. Aimée amaba a Wilson y, dado su temperamento, se entregaba con vehemencia a su amor. Cuando quería, era capaz de luchar empleando todos los medios para conservar el ser amado.

Pero Wilson no le hacía mucho caso. En realidad, siempre había parecido pertenecer a una raza aparte, más aristocrática que las personas del tipo de la propietaria del bar. No concedía mucha importancia al odio y restantes reacciones de sus semejantes, o, con más precisión, no parecían afectarle. Poseía un código moral muy severo, y a él se atenía.

Esta especie de apartamiento del resto de los seres humanos tenía la virtud de exasperar a Aimée. Le irritaba no poder dominar a Wilson como había hecho con otros hombres.

Y en aquel momento, Wilson bailaba sin gracia con una norteamericana, que también semejaba pertenecer a otro mundo. El dominio, la elegancia y la belleza eran su patrimonio, para no mencionar el dinero. Era indudable que Wilson le atraía, sospechó Aimée. Sintió encenderse los celos como un súbito incendio en su corazón.

Con gran esfuerzo, se acodó en el mostrador y posó la mirada en Macomber. Este dedicaba su entera atención a la copa que tenía delante; por lo visto, no le interesaban las proezas de bailarín del cazador. «Qué tonto era!», pensó Aimée. Pero también era simpático.

La música continuaba oyéndose. El baile se le antojó interminable a la propietaria del establecimiento. Indignada por el comportamiento de todos, se encaró con el norteamericano.

—¿Por qué ha de venir la gente a África?—refunfuó.

—¿Está celosa?—se asombró Macomber.

—Parece usted muy seguro de sí mismo.

—No hay de qué preocuparse—respondió Macomber.

En aquel instante la música acabó y los bailarines regresaron a los taburetes. Margaret rió maliciosamente y anunció:

—Francis, tendrás que enseñar al señor Wilson a bailar. Podrá ser un gran cazador, pero...

Macomber lanzó una carcajada y pasó el brazo por la cintura de su esposa poniéndose a bailar. Aimée se ruborizó de sus pensamientos, no obstante lo cual no se dio por satisfecha. Se acodó en el mostrador e indagó de Wilson:

—¿Te gusta bailar con ella?

—Es una buena pareja—aseguró Wilson con indiferencia.

—De modo que os vais de cacería los tres juntos, ¿eh?—dijo Aimée un instante más tarde.

—Sí.

—Será interesante—comentó Aimée con sorna.

—¡Quién sabe!—suspiró Wilson.

Aimée se volvió para observarle. Pero Wilson consumía su bebida con gran tranquilidad. Parecía haber hablado en serio.

EL LEON

La caravana de los Macomber cruzó las amplias llanuras levantando nubes de polvo y asustando a su paso a innumerables especies de animales. Macomber en la parte trasera del coche de Wilson y Margaret al lado del cazador, atendían a las explicaciones de éste y contemplaban admirados y algo amedrentados los maravillosos habitantes de aquel paraíso de la caza.

Por la noche, después de cenar en la tienda-cocina, así que los criados negros hubieron levantado la mesa, los tres blancos estuvieron charlando un rato antes de acostarse.

Macomber, que no soltaba su «springfield», declaró con aire de contento:

—Esto es vida.

Wilson acabó su taza de café y le preguntó:

—¿Sigue soñando con los leones?

—¿Y por qué no?—se jactó Macomber—. Es el rey de la selva y, tal como me siento ahora, estoy más que dispuesto a recibir a Su Majestad.

—Pues tendrá usted su león mañana—le informó Wilson—. Los muchachos dicen que uno ronda por las cercanías.

Macomber manipuló el cerrojo del rifle con entusiasmo. Su

esposa enarcó las cejas y, con su acostumbrado tono de burla, exclamó:

—Tú cazas tu león, Francis, que yo te haré las fotografías.

—Pareces sentir envidia—rió Macomber.

—¿De qué iba a sentirla?

—De que has fallado hoy.

—¿Por qué?—intervino Wilson—. Hoy la señora fué una sensación.

—Pues no dió ni un tiro en el blanco—objetó Macomber.

—Pero estaba graciosa disparando—defendió Wilson—. Una sensación muy bella.

Margaret le dirigió una sonrisa de agradecimiento y se levantó de su silla plegable, dispuesta a retirarse. Cerca de la entrada de la tienda se paró para decir, como si leyese un título:

—«Francis Macomber con un pie sobre la cabeza del león.»

—No es mala idea—aprobó su marido—. Jamás supuse que iba a divertirme tanto.

—Bueno, ustedes dos pueden quedarse aquí sentados charlando toda la noche, pero yo me voy a la cama.

Tras estas palabras, Margaret les deseó las buenas noches y se fué. Los dos hombres permanecieron unos minutos en silencio. Después Macomber sacudió la cabeza e, inclinándose hacia el cazador, le dijo confidencial:

—¿Sabe usted, Wilson, que no ha estado tan simpática conmigo desde hace años?

Wilson arrugó la frente y replicó:

—Escuche, amigo. Yo no soy más que un cazador profesional a su servicio y nosotros jamás comentamos la vida privada de nuestros clientes. Sólo así podemos conservar nuestra independencia.

—Comprendido—murmuró Macomber sin ofenderse.

Wilson se puso de pie.

—Bueno, he dicho a los muchachos que nos despierten a las cuatro en punto.

Los dos jóvenes se dirigieron a sus respectivas tiendas. Macomber entró en la suya con una linterna. Margaret se había

acostado ya, dejando caer el mosquitero en torno de su cama. Tenía los ojos entornados. Macomber se arregló para pasar la noche.

De pronto se oyó una algarabía. Los criados negros se divertían. Tronó la voz de Wilson en la oscuridad llamando a Kongoni, con quien habló en el idioma indígena. A continuación la quietud reinó en el campamento.

Macomber no tenía ganas de dormir. Cruzó un brazo debajo de su nuca y comentó a media voz:

—Es simpático Wilson.

—Si lo es—convino Margaret—. ¿Qué le habrá dicho a Kongoni?

—Debe de haber sido algo así como «Callaos», porque ahora todo ha quedado en silencio. Kongoni dijo «Ndio, bwana», que significa «sí, señor».

—Hablas siwahili muy bien.

—«Ndio, mensahiba». Hay muchas cosas en mí que siempre has ignorado.

—Tienes razón—contestó Margaret clavando los ojos en la oscuridad.

Macomber apartó el mosquitero y se sentó en el borde de su cama de campaña. Vaciló un instante y después comentó:

—Wilson acertó en lo que dijo hoy.

—¿Qué dijo, cariño?—indagó Margaret soñolienta.

—Que estabas muy bella. «Hoy la señora fué una sensación, una sensación muy bella.» Lo recuerdas, ¿verdad? ¿Te gusta oírlo de nuevo?

—¿Acaso importa eso?—respondió Margaret friamente.

—No. Eso no importa. Lo que importa somos nosotros... Parece que todo va saliendo muy bien—agregó tras una pausa volviendo a acostarse.

Margaret murmuró algo dando una vuelta en la cama. Tenía sueño. En cambio, su esposo nunca había estado más despierto. Quizá a causa de la excitación del día. Por consiguiente, intentó reanudar el diálogo.

—¿Recuerdas lo que dijeron sobre nosotros los periódicos de Nueva York?

—¿Aquello?

—«Los románticos Macomber parten hacia África en busca de aventuras.» Me gustó.

—¿Ah, sí?—bostezó Margaret.

Cerró los ojos. Macomber respiró hondo y apretó sus fuertes manos una contra otra. Titubeó un rato. Por fin se decidió.

—Tal vez sea una tontería, pero creo que me he... que me he vuelto a enamorar de ti. ¡Eres tan hermosa!... Pero, sea como sea; nunca podré ponerme del todo a tu altura.

Aguardó un poco. Al no obtener la ansiada contestación se inclinó sobre la cama de su esposa. Margaret dormía. Macomber apretó los dientes irritado pero concluyó por sonreír.

* * *

Fué el primero en despertarse de todo el campamento. Al principio creyó que tronaba. Después, más desvelado, se dijo que era el rugido de un león. El león prometido por Wilson. Le estremeció un escalofrío. La fiera debía de rondar el campamento. Este pensamiento le sobresaltó y tuvo la virtud de bañarle la frente en sudor. Los rugidos arreciaron. Macomber se encogió en su cama y sintió que toda su excitación y toda su felicidad de hallarse en África le había abandonado.

Tenía miedo.

Sí, tenía miedo. De momento, Francis Macomber se rebeló contra esta idea. Buscó, como es natural, un motivo para desvirtuarla, achacando la súbita sensación de frío y de malestar al cambio de vida, a extrañar la dura cama de campaña, al aire puro que entraba en la tienda.

Pero luego hubo de ceder a la verdad. Era un miedo pavoroso, mortal, superior a su voluntad, tan ajeno a ella como la furia de los elementos que el hombre no puede controlar. Se volvía niño y sentía el impulso de inventar un pretexto para eludir la caza del león. Pero al mismo tiempo se acordó de la conversación que la noche anterior había sostenido con Margaret. El sueño o la indiferencia de su mujer, que le impedían escuchar sus palabras de arrepentimiento, se acrecentaría sin duda al menor pretexto que torjase. Margaret estaba dotada de un sexto sentido para comprender las pasiones de su marido.

Macomber se incorporó del lecho merced a un esfuerzo tremendo, que le dejó debilitado, como si hubiera estado sosteniendo una lucha atroz con un millar de enemigos. De mala gana dirigió los ojos a la difusa luz que penetraba por la puerta de la tienda. Los negros habían encendido la luz de la cocina y se les oía murmurar.

El miedo nos vuelve impacientes. Macomber requería además conversar con alguien, sentir el calor de la compañía de otro ser humano. Margaret continuaba durmiendo apaciblemente. Ella no le servía de consuelo.

Macomber se vistió rápidamente, se lavó y salió de la tienda, cruzando pesadamente, con paso cansino, el trecho que le separaba del comedor, cuyos mosquiteros ondeaban perezosamente a impulsos de la fresca brisa matinal. Macomber se sintió más animado. El frío no era sólo una fantasía suya. Hacía frío en realidad. Le sorprendió este hecho, pues siempre había creído que en Africa reina un calor abrasador...

Macomber ya estaba desayunando, o procurando hacerlo, cuando Wilson entró en la tienda-cocina. El cazador, colgando su sombrero y sentándose a la mesa, dijo aludiendo al león, que continuaba rugiendo:

—Parece un macho algo viejo. Escúchele toser.

—¿Está muy cerca?

—A unos dos kilómetros aguas arriba—dictaminó Wilson sirviéndose unas tostadas.

—¿Y su rugido llega tan lejos?—se asombró Macomber, poniéndose más pálido aún—. Suena como si estuviera aquí, en el campamento.

—Se oye a mucha distancia. Espero que sea un gatito fácil de cazar.

—Si se me pone a tiro, ¿dónde debo darle para que no escape?

—En las paletillas. Y si puede en el cuello, mejor aún. Tire a la columna vertebral y rompasela.

—Espero que sabré apuntar convenientemente.

—Usted tira muy bien—aseguró Wilson—. Tómese el tiempo que necesite y asegúrese. El primer impacto es el que cuenta.

Macomber se preguntó cómo podía el cazador tener tanto apetito. A él se le atragantaba la comida. Se esforzó por comer. Sus nervios estaban tirantes. Y no conseguía estar callado.

—¿A qué distancia deberé disparar?

Wilson levantó la cabeza sorprendido. Una chispa de buen humor brilló en sus ojos al adivinar lo que le ocurría a su cliente. Se encogió de hombros y le informó:

—No podría decirselo. El león también tiene opinión en este asunto. No dispare hasta que esté lo suficientemente cerca para poder asegurar el tiro.

—¿A menos de cien yardas?—insinuó Macomber con dificultad.

—A cien está bien—concedió Wilson empezando a preocuparse—. Pero quizá haya de hacerlo a un poquito menos. No arriesgue un tiro si está lejos. Cien yardas es la distancia mejor. Puede usted acertarle donde quiera.

Margaret apareció entonces. Saludó a los jóvenes y tomó asiento, declarándose muy emocionada por los rugidos. Wilson rió de su tono festivo. Empezaba a amanecer. El cazador se apartó de la mesa diciéndole:

—Saldré a ver si todo está listo—de nuevo rugió el león, y Wilson sonrió: —Es un zángano escandaloso. Tendremos que hacerle callar.

Margaret empezó a desayunar con ímpetu. De pronto, al per-

catarse de la mudez de su marido, le miró. Notando su trastorno, indagó:

—¿Qué te pasa, Francis? ¿No te encuentras bien?

Macomber soltó el tenedor y alejó de sí el plato.

—Esos condenados rugidos. No han parado toda la noche.

—¿Y por qué no me despertaste? Me hubiera encantado oírlo.

Hubo una pausa. Macomber encendió un cigarrillo con mano temblorosa. Tronó otro rugido. Los dientes del joven chirriaron y declaró con acento de determinación:

—Tengo que matar a ese bicho.

—Claro. Para eso hemos venido, ¿no?

—Desde luego. Pero oír rugir a esa fiera me pone nervioso.

—Pues entonces, como dice Wilson, no hay más que un medio de hacerle callar. Matándole se acabaron los rugidos.

—Sí, querida—contestó Macomber mordaz—. Parece sencillo, ¿verdad?

—No tendrás miedo, ¿eh?—exclamó Margaret alzando los ojos.

—Claro que no.

—Lo matarás maravillosamente—aseguró, confiada, Margaret—. Lo sé. Y estoy ansiosa de verlo.

Macomber no participaba de la halagadora confianza de su esposa. A poco comparció Wilson poniéndose la cazadora de hilo. Advirtió que Margaret había terminado de desayunar, por lo cual anunció a Macomber:

—Su portafusiles llevará el «springfield» y su máuser. ¿Se siente con ánimos?

—Sí—respondió Macomber con la lengua seca.

—Hemos de concluir con esa sinfonía.

—Sí, y hay que hacerlo inmediatamente —intervino Margaret.

Subieron al coche. El conductor negro arrancó en el momento en que el sol lanzaba sus rayos sobre la llanura cuajada de matorrales y de árboles descarnados. Margaret y Wilson charlaban

tranquilamente. Macomber fumaba en silencio. Los rugidos se aproximaban.

Había aclarado por completo cuando Wilson les señaló unas aves que indicaban que el león había abandonado su presa. El león no andaría lejos de un pozo cercano. Tenía que beber antes de ir a descansar. Guiándose por los constantes rugidos llegaron a un espacio despejado donde estaba el estanque. En efecto, el león estaba saciando su sed.

Wilson entregó el rifle a Macomber y le dijo que disparase. La fiera estaba a unas setenta y cinco yardas de ellos y no había descubierto su presencia porque el aire soplaba del lado de los cazadores. Macomber se encaró el arma sin abandonar su asiento. Wilson intervino:

—No se les dispara desde los automóviles. Salga, que no va a quedarse ahí todo el día.

Margaret miró de un modo raro a su marido, que avanzaba de mala gana seguido de Abdulla. Wilson hizo que se apease la joven y se adelantaron un poco, acompañados de Kongoni, que llevaba las escopetas del cazador.

Por último, Macomber adosó la culata del «springfield» a su hombro. Apuntó unos segundos con pulso poco firme. Iba a apretar el gatillo cuando sonó la voz de Wilson:

—¿Tiene puesto el seguro!

Margaret lanzó una apagada exclamación. No obstante, su marido la oyó. Pálido y trémulo, hizo fuego. El león giró sobre su grupa. Macomber disparó dos veces más. El último proyectil hizo trastabillar al león, que se perdió en los matorrales.

Macomber se volvió hacia los presentes. Wilson y los dos portafusiles tenían una expresión dura de contrariedad.

—¿Le he dado?

—Le rozó el vientre y luego le acertó un poco más adelante— declaró Wilson con sequedad—. Puede haberle matado. Tendremos que esperar un rato antes de ir a averiguarlo.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Macomber roncamente.

—Antes de que sigamos su rastro.

Macomber echó un vistazo a Margaret. Estaba muy seria. Wilson escrutó la maleza y meneó la cabeza.

—Es un león espléndido. Aunque se ha metido en un mal sitio.

—¿Por qué en mal sitio?—balbució Macomber.

—Porque no puede vérselo hasta estar encima de él.

Wilson dió unas órdenes a Kongoni, que fué a buscar un rifle más. Lo entregó al cazador, que procedió a cargarlo con las balas que llevaba en su bolsillo canana, todo lo cual fué observado por Macomber con el alma en un hilo. Mandando a Margaret que regresara al auto, y que no se apartara de su rifle ni del conductor, los cuatro hombres corrieron hacia el estanque.

Veinte metros más allá del agua, Wilson descubrió un reguero de sangre. Macomber estudió con intranquilidad el rostro del cazador.

Wilson estaba de rodillas junto al rastro. La proximidad de la fiera no parecía afectarle lo más mínimo. Macomber se volvió para estudiar a los portáfusiles. Es una creencia bastante común la de que los negros suelen ser cobardes. Pero tanto Kongoni como Abdulla estaban tan impasibles como dos estatuas de ébano, prontos a avanzar o retroceder a la menor orden de su patrón.

Macomber no se dijo, ni pensó siquiera, que tal vez fuese la costumbre lo que permitía a sus tres compañeros disfrazar el miedo. En aquel instante carecía de perspicacia y, más aún, del poder de reflexionar.

Rememoraba sus sensaciones de unos minutos antes. Desde que saltara del coche, obligado por Wilson—no obstante lo cual, no le tenía ojeriza—, parecía haberse movido en un mundo de sueños en el que, sin embargo, le fuera dable analizar y pesar tanto sus actos como los de los demás, con una acuidad extraordinaria.

Tenía la impresión de que había hecho el ridículo, en primer lugar, a causa de su propósito de disparar desde el automóvil, estando tan lejos del león y al lado de Wilson; en segundo lugar, por su aturdimiento al no recordar que su rifle llevaba el seguro

puesto; y en tercer lugar, por su torpeza al hacer fuego. Normalmente, como todos sus compañeros lo sabían, por las pruebas de los días anteriores—eso era lo que más le delataba—, gozaba de una puntería, contra blancos fijos o en movimiento, casi pareja a la de Wilson. ¡Y había fallado un blanco tan seguro!...

Wilson se había levantado del suelo y se limpiaba de tierra las rodillas. Macomber se atragantó al mirarle. ¿Pensaría lo mismo que Margaret sobre él? Porque Margaret tenía que haberse dado cuenta de todo. Debía de estar en el coche sufriendo todos los tormentos morales que son la secuela de la vergüenza y de la desilusión combinadas.

Pero no; Wilson no había cambiado de expresión mientras estudiaba los alrededores, cuajados de maleza, con intensidad. Macomber carraspeó. Al miedo de morir se había sumado el miedo del ridículo. Temía que el cazador y los negros advirtiesen el temblor que sacudía sus piernas como si fuesen de goma.

Finalmente, con mal segura voz, que a él le sonó como si procediera de un ser desconocido, preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

—Le dejaremos que lo piense un poquito y luego usted y yo iremos a buscarle.

—¿No podríamos pegar fuego a la maleza?

—No ardería.

—¿Y no podríamos enviar ojeadores haciendo ruido?

Wilson se dirigió a la sombra de un árbol y apostó en avanzadilla a Kongoni y a Abdulla antes de contestar. Sacó una cajetilla y ofreció un cigarrillo a Macomber.

—Claro que podríamos, pero la cosa sería un poco criminal.

Le explicó que un león herido siempre ataca al oír el ruido, pero lo hace emboscado como un conejo. No podían enviar a Kongoni y a Abdulla a una muerte cierta. Al oír esto, Macomber se sintió aterrado.

—Yo no quiero ir allí.

—Ni yo—contestó Wilson asombrándole—. Sin embargo, no nos queda otra solución. Usted, desde luego, no es preciso que venga. Para eso me paga usted y por ello resulto tan caro.



—No le pasará nada. No tiene por qué preocuparse. Procure contener sus nervios.



Después tomó asiento en el estribo de la ambulancia,



—¿Cómo está usted?

—Muy celosa de usted,
señor Wilson.



—Puede hablarme con
toda confianza, y, desde
luego en plan particular,
Wilson.



—¿De acuerdo con qué reglas?—puntualizó Margaret.



—No hay por qué preocuparse—respondió Macomber.



—¿Qué van a tomar los señores?



—¿Sigue soñando con los leones, señor Macomber?



La caravana de los Macomber cruzó las amplias llanuras de la selva.



—He dado orden para que nos despierten a los cuatro.



— Yo no soy más que
un cazador profesional a
su servicio.



Hicieron alto ante la pre-
sencia del león.



Macomber dejó caer la cabeza sobre el pecho. Su esposa le miró burlona.



—Francis, ¿crees que va a sentarte bien tanto ejercicio?



—Parecía usted llevarse muy bien con él cuando iniciamos la cacería.



Redactados los hechos, Wilson escribió la dirección del capitán Smoliet.

Los ojos de los dos hombres se encontraron. Macomber sintió que la conciencia le remordía y protestó:

—¿Quiere decir que iría solo? ¿Por qué no le dejamos en paz donde está?

—¿Y tratar de convencernos a nosotros mismos de que no está herido?—se informó Wilson con acento de disgusto.

—No, abandonar la caza—aclaró Macomber después de vacilar.

—Eso no se hace.

—¿Por qué?

—Pues primero porque el pobre animal estará sufriendo y segundo porque alguien podría tropezarse con él. Pero usted no tiene necesidad de hacerlo si no quiere.

—Me gustaría, solamente que tengo miedo, ¿comprende?

Su franqueza agradó a Wilson. Se levantó de la raíz en que había estado sentado y le expuso su plan para ir a buscar el bicho. El, Wilson, iría delante; Macomber detrás de él y un poco al lado para poder disparar, y a continuación Kongoni para guardarle las espaldas. El cazador concluyó diciendo:

—Pero, con sinceridad, sería mejor que usted no viniera. Mu-chísimo mejor. ¿Por qué no se reúne con su señora mientras yo acabo el asunto? Esa es mi obligación.

Macomber fumó rabiosamente. Su prudencia le aconsejaba ceder al ruego del cazador, pero su amor propio y, sobre todo, la presencia de Margaret se oponían a ello. Cuando respondió, desafiaba a su miedo.

—Quiero acompañarle.

Wilson sonrió aprobativamente.

—¿Quiere ir a charlar con su mujer mientras esperamos?

—No.

—Bueno, entonces iré yo a decirle que no se impacienta.

Wilson se encaminó corriendo al auto. Margaret estaba muy nerviosa. Adivinaba el tormento de su marido y lo compartía. Mientras el cazador cargaba otro rifle, indagó con acento de preocupación:

—¿Cómo está Francis?

—Algo nervioso.

—No le envíe usted a perseguir ese león—suplicó Margaret.

—No lo envío. Le llevo conmigo—puntualizó Wilson.

—No le lleve entonces.

Wilson examinó el rostro desencajado de la joven.

—Recuerde que yo no soy precisamente una nodriza, señora Macomber—objetó—. Ya no tardaremos mucho.

Margaret volvió al coche y sacó unos gemelos, mientras Wilson se alejaba. El cazador entregó el rifle a Macomber y avanzaron en busca de la fiera, como había decidido Wilson. Macomber quiso beber agua y Kongoni le entregó una cantimplora. Los ojos del negro brillaban de desprecio.

Todo lo que sucedió a continuación, fué demasiado rápido para que una mente lo comprendiese. Y Margaret lo presenció a través de los gemelos.

El león rugía en la maleza. Wilson ordenó a Kongoni que le arrojase una piedra. Entonces, la fiera surgió y les atacó. Wilson disparó dos veces con escaso éxito. El león se hallaba a cinco metros de ellos. Kongoni entregó al cazador una nueva arma. Wilson siguió disparando, mientras el portafusiles cargaba el otro rifle con mano segura, a pesar de la proximidad de la alimaña...

El miedo, los rugidos, las detonaciones, vencieron los nervios de Macomber. El norteamericano echó a correr como un ciervo hacia el coche. Los gemelos de Margaret captaron a la vez, la huida de su marido y la silueta de Wilson haciendo fuego contra la fiera a dos metros de distancia. Y el rubor cubrió sus mejillas.

Un certero disparo remató al león. Lenta, precavidamente, Macomber regresó junto a Wilson, sin haberse percatado de lo que había hecho. Los negros volvieron la cabeza a otro lado.

—¿Quiere tomar algunas fotografías?—propuso Wilson.

—No.

El cazador ordenó a los negros que quitaran la piel al animal, cuyo tamaño alabó, y acompañó a Macomber al auto. Margaret les recibió glacial. La vergüenza acometió a Macomber. Buscó la mano de su esposa, pero ésta rehuyó su contacto.

Y de pronto, la joven besó a Wilson.

Mientras éste protestaba consternado, Margaret se retrepó en su asiento, exclamando:

—¡El sereno y muy valiente señor Robert Wilson!

El silencio no se rompió hasta que los negros regresaron con la piel del león. Macomber se cogió la cabeza entre las manos, humillado, ofendido, aniquilado.

REACCIONES

Todos los negros del campamento de Wilson corrieron al coche, alzaron en hombros a Macomber y le pasearon triunfalmente, depositándole ante la puerta del comedor. Macomber preguntó a Wilson, que asistía muy risueño a la demostración de ingenuidad de sus criados:

—¿Qué tendré que darles?

—Una libra será suficiente. No es bueno acostumarlos mal.

Macomber entregó una libra a Kongoni para que la repartiese y siguió al cazador al interior de la tienda, dejándose caer en una silla de campaña. Wilson se había quitado la chaqueta y sus espaldas parecían más anchas aún. Margaret, que les había precedido, los miró sucesivamente, estableciendo, sin duda, una comparación mental.

Wilson, encargó al cocinero que les sirviese bebidas y, cuando tuvieron los vasos en la mano, dijo a Macomber:

—Ya tiene usted su león. Y un espléndido ejemplar. Por el león—brindó.

—Por el león—respondió Macomber, sin mucho calor—. Jamás podré agradecerle bastante lo que hizo hoy.

—No hablemos más del león—gritó Margaret—. Ha sido un

día muy caluroso. ¿Verdad que hay que llevar puesto el sombrero a mediodía, aunque se esté bajo un toldo?

—Por lo menos, yo me lo pondría—aseguró Wilson, aceptando el cambio de conversación.

—¿Sabe usted que tiene la cara muy colorada, señor Wilson?—dijo Margaret.

—El alcohol.

No lo crea, Francis bebe muchísimo, pero siempre está pálido. Pues hoy estoy muy encarnado—refunfuñó Macomber.

—La que está encarnada soy yo...

Wilson les ordenó secamente que se callaran o que, al menos, abandonasen todo giro personal en su coloquio.

—La conversación va a hacerse difícil—afirmó Margaret.

—No sé por qué—replicó Wilson—. El león es magnífico.

—Desearía que no hubiese ocurrido. ¡Cuánto desearía que no hubiese ocurrido!—chilló Margaret, y abandonó la tienda.

Macomber se mordió los labios e inclinó la cabeza. Wilson se apiadó de él y procuró consolarle, asegurando con displicencia:

—Reacciones femeninas. No recapacitan acerca de nada y dejan que los nervios se les crispen.

—No—disintió Macomber—. Supongo que tendré que soportarlo durante el resto de mi vida.

—¡Tonterías!—objetó Wilson—. Echemos un vistazo al gran carnicero de la selva y olvide todo lo demás. Los somalis tienen un proverbio... «Un hombre valiente tiene miedo de un león tres veces: cuando ve sus huellas por primera vez; cuando, por primera vez, le oye rugir; y cuando, también por primera vez, le mira cara a cara». Por lo tanto, no hay que disgustarse.

Macomber bebió un trago y pareció más animado. Las palabras de Wilson habían logrado su objetivo.

—Lamento muchísimo este asunto del león. No habrá necesidad de que trascienda más aún, ¿verdad?

—¿Cree usted que voy a contarle en el casino?—se indignó Wilson—. Mire, yo soy cazador profesional. Jamás hablamos sobre nuestros clientes. Puede sentirse tranquilo sobre este particular. Y ahora escúcheme: si va usted a portarse como un tonto res-

pecto a este asunto, desde este instante yo me mantendré en el campamento; en mi lugar, y usted se mantendrá en el suyo,

Macomber, clavó en él sus ojos dolidos.

—Perdone. Y acepte mis excusas.

—Bueno, no haga mucho caso de lo que yo diga—rogó Wilson, arrepentido de su dureza.

—Pues yo hui como un conejo.

—Olvidelo.

—¡Olvidelo! ¡Olvidelo!—rugió Macomber, depositando el vaso sobre la mesa con tal violencia, que se salpicó de licor—. Eso es para usted muy fácil de decir. Pero, ¿y mi mujer? Ella me considerará un cobarde durante el resto de mi vida.

Wilson se incorporó suspirando.

—Quizá sea mejor que le deje solo para que se tranquilice.

Se marchó el cazador. Macomber no se movió. Estuvo pensando en su situación, sintiéndose abyecto. Vació su vaso. El cocinero, sonriendo amablemente, le ofreció otro en una bandeja. El joven lo rehusó. Insistió bondadosamente el negro. Macomber levantó los ojos y descubrió su sonrisa.

Fué presa de un ataque de ira al pensar que se reía de él. Acometió al cocinero. Este, aunque era un hércules, no intentó defenderse. Cayó al suelo y Macomber se arrojó sobre él, abofeteándole con crueldad.

Los gritos de dolor del negro hicieron comparecer a Margaret, Wilson y Kongoni. Este, viendo el espectáculo, se precipitó como un loco sobre Macomber. Un puñetazo bien asestado le hizo desplomarse. El capataz de los negros se incorporó con una enorme piedra en la mano. La alzó sobre la cabeza de Macomber y, a pesar de que éste ofrecía una seria resistencia, Kongoni le iba a aplastar el cráneo.

Wilson intervino. Apartó a los contendientes como si fueran de paja. Kongoni, ciego de rabia, quiso golpearle. Wilson le esquivó, le dirigió un gancho al estómago y otro a la barbilla. Kongoni rodó como un muñeco roto.

En aquel momento llegaba Margaret. Wilson recogió su sombrero. Macomber, al que su conducta demente sólo había servido

para aumentar su vergüenza, miró a Kongoni. El negro se levantaba, sosteniéndose la barbilla con una mano.

—Me volví loco—se excusó—. ¿Le hubiera matado!

—Te ahorcarían por ello, Kongoni. No merece la pena—le recordó Wilson.

—Gracias, «bwana»—dijo Kongoni, alargándole la mano—. Lo lamento.

Wilson se la estrechó con cariño y se encaró luego con Macomber.

—Le presento mis excusas por el comportamiento de mis hombres. Pero sí, de ahora en adelante, si necesita aquí castigar a alguien, Macomber, acuda a mí—recomendó el cazador con aspereza.

Macomber dejó caer la cabeza sobre el pecho. Su esposa le miró burlona y exclamó solícita:

—Francis, ¿crees que va a sentarte bien tanto ejercicio? No estás acostumbrado—sin aguardar respuesta, agregó—: ¿Y cómo sigue el valiente y colorado señor Wilson?

—Hambriento. Vamos a almorzar alguna cosa—propuso Wilson.

Se sentaron los tres a la mesa. El cocinero ofreció las fuentes. Margaret no se había ensañado bastante aún con su marido. En cuanto se le presentó la ocasión, dijo:

—¿Qué diferencia puede haber en que Francis mate o no mate leones? Ese no es su oficio. Es la profesión del señor Wilson matar cualquier cosa.

—Sí, cualquier cosa—aceptó Wilson—. Simplemente lo que salga. Mañana iremos a correr búfalos.

—Iré con ustedes—declaró Margaret.

—No creo que deba hacerlo—repuso Wilson.

—Pues lo haré. ¿Puedo, Francis?—preguntó con fingida sumisión, Margaret—. No me perdería nada parecido a lo de hoy por nada del mundo.

—Mañana te haré otra demostración—gruñó Macomber.

Wilson frunció el ceño. Aprovechó el hecho de que el cocinero sirviera carne, para variar el rumbo de la conversación.

—Es alce lo que le ofrece—indicó a Margaret.

—Son esas cosas grandes con forma de vaca, que saltan como liebres, ¿verdad?

—Esa descripción se acerca bastante—rió Wilson.

—Su carne es muy buena—terció Macomber.

—¿Lo mataste tú, Francis?—inquirió, maliciosa, Margaret.

—Sí, yo.

—¿No serán peligrosas entonces?—supuso su esposa.

—Solamente si le caen a uno encima—bromeó Wilson.

Pero no logró su fin. Macomber se irguió indignado y gritó:

—¿Por qué no dejas de fustigarme un ratito, Margaret?

La comida siguió por este tenor. Mediada la tarde, Wilson se trasladó a la tienda de campaña de sus clientes, en busca de Macomber, que estaba descansando. Margaret tiraba al blanco contra unos botes de tomate. Su puntería había mejorado sensiblemente. Wilson aprobó un disparo con un movimiento de cabeza y dijo:

—¿Quiere venir con nosotros?

—¿En busca de qué van?—repuso Margaret, cargando su rifle.

—De cualquier cosa que salga. Pero no será muy divertido.

—Entonces esperaré a la gran función de mañana. No permitirá usted que nada ni nadie asuste a Francis, ¿verdad?

—¡Qué encanto de mujer!—bufó Wilson, irritado, apartándose de ella.

Dos horas más tarde, Wilson y Macomber se hallaban apostados detrás de unos arbustos, observando un rebaño de impalas, especie de ciervos de gran tamaño y hermosa cornamenta. El cazador dió con el codo a su cliente y el norteamericano se levantó de golpe, haciendo fuego.

Su primer disparo fué magnífico. Un impala rodó muerto. Macomber apretó el gatillo varias veces más, pero los animales, saltando de un modo prodigioso, ofrecían un blanco difilísimo. Wilson le aconsejó que no tirara más y le felicitó por su puntería.

Macomber parecía otro hombre. Anduvo con su antigua arrogancia hacia el impala. De repente declaró:

—Siento mucho lo que pasó. Sobre todo por Kongoni y el muchacho a quien pegué.

—No piense más en ello—le recomendó Wilson tomando nota de su transformación.

—¿Sabe? Ahora me siento como si fuera otra persona. ¿Cree usted que mañana encontraremos búfalos?

—Hay grandes probabilidades.

—Quisiera borrar por completo el asunto del león. No es muy agradable que la mujer de uno le haya visto hacer una cosa así. No me lo puedo quitar de la cabeza.

—Cualquiera puede sentirse desconcertado al encontrarse por primera vez con un león. Además, ya todo está olvidado.

—¡Ojalá fuera así!—suspiró Macomber—. Pero no lo será para ella. Verá usted, las mujeres son...

—La peor plaga que hay en la tierra—completó Wilson.

Macomber se rió alegremente. Se detuvo para mirar de hito en hito al cazador, a quien preguntó en tono confidencial y amistoso:

—¿Qué sistema emplea usted, Wilson? ¿Cómo se defiende de ellas?

—Me defiende de una con otra.

De nuevo volvió a reír Macomber. Cuando reanudaron la marcha le guiñó un ojo a Wilson y objetó:

—Cuando está en la ciudad. Pero, ¿aquí, en la selva?

—Mire usted, yo salgo de caza con toda clase de personas. Y mientras como y bebo a su cuenta, su moral es mi moral.

—Está bien. Está muy bien—aprobó Macomber.

Se pararon ante el impala, un precioso y elegante animal de suave pelaje. Macomber lo midió con la mirada y se sintió contento de sí mismo. No obstante, preguntó con timidez a Wilson:

—¿Es una cabeza que valga la pena?

Wilson adivinó sus sentimientos. Su pecho se inundó de simpatía por el desgraciado joven.

—Es excelente—dictaminó—. Se ha ganado usted un buen trofeo.

Macomber ensanchó su tórax entusiasmado.

Llegaron de noche al campamento. El norteamericano se apeó rápidamente del automóvil y se dirigió a la parte trasera del mismo, donde iba su víctima. Estaba acariciando orgulloso sus cuernos cuando Margaret se le acercó.

—¿Qué es?

—Un impala—respondió su esposo.

—¿Lo cazaste tú, querido?—preguntó ella incrédulamente.

Macomber se quedó helado y gruñó una contestación. Wilson, que había oído la burla, maldijo en voz baja la ironía de la mujer. Y no le sorprendió que Macomber se negase a cenar cuando lo indicó.

Los tres jóvenes se separaron para descansar en medio de un ambiente glacial.

LOS BUFALOS

Macomber tenía una pesadilla. Se revolvía en la cama... Las imágenes del león lanzándose sobre él y Wilson, y el beso que su esposa dió al cazador, se repetían constantemente. Se despertó con esfuerzo y se tumbó de lado. Aprovechando la penumbra miró hacia el lecho de su esposa.

Estaba vacío.

Instantáneamente las sospechas nacieron. Los celos bulleron en su corazón. Se incorporó de un salto y miró hacia la entrada de la tienda. En ella acababa de dibujarse la silueta de Margaret.

—¿Dónde has estado?—inquirió amenazador.

Margaret abrió mucho los ojos y luego, adivinando lo que pensaba su marido, los estrechó. Quitóse el salto de cama antes de responder.

—¿Estás despierto? Creí que estabas en el mejor de los sueños. El acento de indiferencia de Margaret exasperó a Macomber.

—¿Dónde has estado?—repitió con aspereza.

—Salí a fuera a tomar un poco de aire fresco—le informó Margaret acostándose.

—¿A estas horas?

—¿Te extraña?—dijo Margaret ahogando un bostezo—. Por favor, no discutamos ahora, cielo. Tengo mucho sueño.

—¡Vamos a comportarnos debidamente. ¿Recuerdas nuestro pacto?

—Por favor, cariño. No hables. Tengo demasiado sueño.

—Pues seguiré hablando—se obstinó Macomber.

—Como quieras, pero entonces perdona que no te conteste porque yo voy a dormir.

Le dio la espalda y cerró los ojos; Macomber abrió la boca para decir algo pero se contuvo. No sabía nada; de sobra conocía a su esposa. Se tumbó a su vez. No logró dormir. Sus celos y su honor, que suponía ultrajado, no se lo permitieron.

Durante largas horas permaneció inmóvil, con las manos cruzadas en la nuca, mirando las sombras.

Y entretanto tuvo tiempo de pensar en todo. No era tan necio que no comprendiese la lógica de la situación. Y, más aún, que todo había quedado destrozado. El había sido el promotor de la catástrofe moral que amenazaba a su matrimonio. Quizá Margaret fuese inocente, pero, si no lo era, ¿podía él echárselo en cara después de los episodios del día?

Pero resultaba tan vano razonar sobre ello, como querer borrar su cobardía. La realidad era que Margaret se había ausentado de la tienda en circunstancias que daban pie a las sospechas. Macomber, precisamente por ser débil, descubría la debilidad, el fraude y el engaño en la conducta de los demás, lo cual era el resultado de medir a sus semejantes por su rasero.

Naturalmente, sintió la ofensa de la ausencia inesperada de Margaret con una pasión rayana en la locura. Los celos, que en un principio le atormentaron con voracidad, parecieron de pronto helarse, trocarse en algo sólido y tangible, algo sobre lo cual era posible fundar, con la mente clara y la voluntad relativamente serena, una línea de conducta.

¿Cuál debía ser su comportamiento? No podía arriesgarse a hacer otra vez el ridículo, y más sobre una materia tan delicada. Lo más prudente era proceder con cautela y juzgar de los propios sucesos, que, indefectiblemente, habían de producirse.

Determinado a esto último, aun sabiendo que apenas lograría disfrazar su amargura, Francis Macomber consiguió, por último, conciliar el sueño, que fué todo menos reparador.

Antes de romper el día Wilson pasó a la antecámara de su tienda. Abdulla y Kongoni estaban en ella limpiando los rifles.

—¿Dónde está el «springfield»?—preguntó al notar su ausencia.

—Macomber—contestó Kongoni lacónicamente.

Wilson arrugó las cejas. ¿Para qué quería Macomber la escopeta? Se aseguró del estado de las armas y ordenó a Kongoni que limpiara de nuevo una de ellas. Después pasó a la tienda-cocina. Los Macomber se hallaban en ella desayunando. Y, en efecto, Francis tenía el rifle entre las piernas.

Wilson no se refirió a ello. Percibía una rara tensión en el ambiente. Les preguntó cómo habían pasado la noche. Macomber se volvió como si le hubiera picado una víbora y masculló:

—La señora Macomber sufrió insomnio anoche.

Wilson parpadeó ante el tono empleado por su cliente, que pensó se debía a alguna disputa conyugal. Margaret, en cambio, estaba inalterable y llena de expectación al parecer.

—¿Cree usted que encontraremos algún búfalo?—quiso saber.

—Probablemente — repuso Wilson revolviendo su café —.

—¿Por qué no se queda usted en el campamento?

—No lo haría por nada del mundo.

Wilson suspiró ante su testarudez. Indicó a Macomber:

—¿Por qué no le ordena usted que se quede?

—Ordéneselo usted—chilló Macomber.

—Bueno, dejémonos de órdenes y de tonterías, Francis—intervino Margaret.

Comieron durante un rato sin cambiar una palabra. El malhumor de Macomber necesitaba desfogarse. Perentoriamente preguntó a Wilson:

—¿Está listo para salir?

—Cuando quiera. ¿Quiere usted que vaya la señora?

—¿Importa mucho que yo lo quiera o no?

—Déjelo, es igual—le apaciguó Wilson.

Pero Macomber no estaba dispuesto a olvidar así como así sus celos y sus agravios imaginarios. Dando un puñetazo a la mesa, insistió:

—¿Está usted seguro de que no preferiría quedarse en el campamento con ella y que me fuera yo solo a cazar los búfalos?

Wilson engalio la cabeza y cerró las mandíbulas. Sus ojos relampaguearon. Margaret intervino a punto y suplicó desesperada:

—Francis, por favor, ¿quieres hablar con un poco de sensatez?

—Con demasiada estoy hablando.

Recogió su tenedor y probó de comer unos cuantos bocados de los manjares que había en su plato. Pero no tenía apetito. Un sordo rencor tronaba en su pecho en espera de una ocasión de dispararse. Como ésta no se presentaba, lanzó una exclamación y apartó de un manotazo el plato.

—¿Has probado alguna vez comida peor que ésta?—preguntó a Margaret.

Wilson se dolió de la ofensa. El había establecido el campamento y todo cuanto en él se hacía u ocurría estaba pendiente de su autoridad. Con bastante aspereza, pues, exclamó:

—¿Le ocurre algo a la comida?

—No mucho más que al resto de todo lo que hay aquí.

—Yo procuraría contenerme, amigo—le aconsejó Wilson moviendo la cabeza hacia los criados negros—. Algunos de estos indígenas comprenden el inglés.

—¡Pues que se vayan al diablo!

Wilson prefirió callar. Se secó los labios y buscó su sombrero. Señaló el «springfield», que Macomber no había soltado y dijo:

—¿Quiero que mande a Kongoni que se lleve eso al coche con las demás armas?

—Lo llevaré yo—replicó Macomber.

—Como quiera. Pero conste que es buena costumbre tener cada cosa en su sitio.

Dejó a solas al matrimonio. Inmediatamente Margaret acercó su rostro al de su marido y le murmuró amenazadora:

—Si organizas una escena te abandonaré.

—No lo harás.

—Si que lo haré. Inténtalo y verás.

—¡Cállate!—silbó Macomber al oír los pasos de Wilson.

Este, desde la puerta de la tienda, propuso:

—¿Iniciamos la caza?

Los Macomber se pusieron de pie. Margaret cruzó la puerta la primera.

—Llévese algo. Hará frío en el coche—aconsejóle Wilson.

—Me llevaré la chaqueta de cuero.

—Abdulla se la irá a buscar.

Continuó sosteniendo la vela de la puerta para que pasase Macomber. Pero éste se negó a andar si Wilson no salía el primero. El cazador escrutó el rostro de su cliente. Tenía una expresión hosca.

Macomber se empeñó en que Margaret y Wilson fueran en la parte de delante del coche. El se acomodó detrás de ellos con el «springfield» asido fuertemente. No se dignó a hacer caso al cazador, que le mostraba diferentes piezas de caza con aire amable. Wilson acabó por olvidar su presencia.

Ya había amanecido del todo cuando rodaron por un llano despejado rodeado de lejanas montañas. Wilson iba ojo avizor.

—¿Cómo se puede saber dónde están?—indagó Margaret refiriéndose a los búfalos.

—No se sabe—respondió Wilson—, aunque éste es un paraje adecuado. ¡Ojalá podamos cogerlos en descubierto!

—¿Y qué más da?—se asombró Margaret—. No pueden ser peligrosos. He visto cientos de búfalos tirando de carretas.

Wilson se rió. Macomber, inesperadamente, le acompañó en su carcajada.

—No son de la misma especie—explicó Wilson.

De pronto dió un brinco en la banqueta y alargó su brazo:

—¡Ahí están!

Todos se sintieron electrizados. Un rebaño de diez búfalos

había emprendido una carrera desenfrenada al advertir la presencia del coche en dirección a un marjal que estaba a un kilómetro de distancia. Wilson permutó su puesto con el del conductor habitual y voceó para Macomber:

—Les cortaremos el camino antes de que se metan en el pantano.

El coche voló en persecución de las bestias trazando una curva en el llano para cerrarles el camino. A una velocidad infernal logró aventajarlos. Wilson empuñó su rifle y ordenó a Macomber que hiciera lo mismo. El norteamericano al presentarse los animales ante ellos quiso hacer fuego.

—¡Desde el coche no!—le gritó Wilson.

Corrieron paralelos el automóvil y los búfalos. A una indicación del cazador el chofer los dejó pasar. Entonces, él y Macomber saltaron al suelo. El coche desapareció del campo de tiro y los búfalos quedaron al descubierto.

Wilson y Macomber se arrodillaron. El norteamericano apretó el gatillo dos veces. Un búfalo descomunal dió una voltereta. Otros dos galopaban apareados...

Macomber dirigió el «springfield» contra ellos. Disparó. Uno de los búfalos pareció tropezar con una cuerda invisible. Pero consiguió levantarse. Entonces Wilson hizo fuego y la bestia quedó inmóvil. Macomber envió su última bala al superviviente.

—Está muy lejos—chilló Wilson.

Los dos hombres volaron hacia el automóvil y reanudaron la persecución. De nuevo se lanzaron por el llano a una velocidad vertiginosa. Coparon al búfalo. Se arrojaron otra vez a tierra.

Macomber, que durante la carrera había cargado su rifle, se echó el arma a la cara. Tres proyectiles cruzaron el aire. El búfalo dió un brinco. Conjuntamente con el norteamericano, Wilson tiró dos veces.

Por un instante, el coche ocultó la pieza. Después la vieron patas para arriba.

Macomber y Wilson se levantaron sonriendo.

—Muy bien. Magnífica labor—alabó Wilson.

—¿Cuántas veces disparó usted?—Indagó Macomber halagado.

—Sólo tres. Usted tumbó al primero. El mayor de todos. Y yo le ayudé a terminar con los otros dos. Tenía miedo de que consiguieran ocultarse.

Macomber respiró satisfecho. Otra vez era el joven alegre de Nairobi. La emoción de la caza y su riesgo, así como la afabilidad de Wilson habían obrado el milagro. Súbitamente veía claro lo erróneo de su interpretación acerca del paseo nocturno de Margaret.

—Vámonos al coche. Quiero beber algo—indicó.

Wilson repuso que era mejor asegurarse de que los animales estaban bien muertos. Cuando Macomber hubo rematado al segundo Wilson le contempló un momento. Los rasgos de su cliente parecían haberse vuelto más enérgicos.

Macomber, finalmente, despegó los ojos del enorme cadáver del búfalo.

—Vamos ahora por aquel trago—rogó.

Wilson sabía que lo que deseaba era enfrentarse con su esposa, como quien remozado por una operación quirúrgica, anhela volver a los suyos y a su hogar.

EL VALOR DE MACOMBER

Se dirigieron, pues, hacia el coche, al pie del cual les esperaban, radiantes, Kongoni y Abdulla. Margaret relajó su cuerpo al verles llegar sin prisas y charlando animadamente.

—Estuviste formidable, Francis—dijo con voz temblona—. ¡Qué carrera!

Macomber entregó su rifle a Abdulla y la miró.

—Tienes mala cara—comentó.

—¿Se ha asustado?—preguntó Wilson burlonamente.

—Fue horrible—confesó Margaret—. Nunca he pasado más miedo en mi vida.

Estas palabras hincharon de satisfacción a Macomber, pero estaba demasiado escarmentado para expresarla. Se contentó, por tanto, con hacer una mueca a Wilson, después de lo cual le dijo:

—¿Qué hay de aquel trago?

—Con mucho gusto—respondió el cazador.

Buscó en la parte trasera del coche y sacó un frasco plano de metal. Se lo pasó primero a Margaret, que necesitaba a todas luces un reconfortante, y luego a Macomber, que se lo codió, permitiéndole beber antes que él.

Fuése obra del licor o fuése que ya hubiera recobrado su ha-

bitual sangre fría, Margaret recuperó su acostumbrada mordacidad. Cuando su esposo terminó de beber, suspiró:

—Fué terriblemente emocionante. Me ha dado un fuerte dolor de cabeza. Ahora que no sabía que se les permitiera a ustedes disparar desde los coches.

—Nadie tiró desde el coche—replicó Wilson arrugando la frente y tomando el frasco de licor que le ofrecía Macomber.

—Quiero decir perseguirlos en automóvil—se corrigió Margaret.

Wilson le dedicó una pensativa mirada. El súbito cambio de ideas de Margaret le daba que pensar. ¿Qué se proponería aquella mujer al sacar aquel tema a colación? Indudablemente estaba preocupada o disgustada por algo.

—Yo no acostumbro a hacerlo—se franqueó por fin Wilson apoyándose en la portezuela del coche—. Pero me pareció bastante deportivo en vista de las circunstancias. Corre uno mayores riesgos conduciendo a través de esta llanura llena de hoyos y de muchas otras cosas que cazando a pie. Los búfalos podían haberse vuelto contra nosotros cada vez que disparamos si hubiesen querido. Sin embargo, es mejor que no se sepa. Es ilegal, si era eso lo que deseaba saber.

—¿Qué le pasaría si lo supiesen en Nairobi?—preguntó Margaret.

—Me retirarían la licencia, amén de otras molestias—declaró Wilson.

Macomber sacudió la cabeza como expresando «ya lo decía yo» e intervino en la conversación:

—Bueno, ahora ya tiene algo contra usted.

Margaret se enderezó en su asiento presta a protestar. Como sin duda hubiera dicho algo irreparable, Wilson se apresuró a distraerla. Dió el frasco de licor a Macomber y le notificó:

—Perdimos a uno de nuestros portafusiles. ¿Lo notó usted?

—No—se asombró Macomber.

—Debió de caerse cuando abandonamos el coche y matamos el primer búfalo.

El negro extraviado era el conductor. Compareció en aquel

momento jadeando y sucio de polvo y sudor. Saludó militarmente a Wilson y conversó con él en su idioma. El cazador torció la boca en una mueca de contrariedad.

—¿Qué ha dicho?—curioseó Margaret.

—Pues que el primer búfalo se levantó y se metió en la maleza.

Instintivamente los dos se volvieron a mirar a Macomber para ver el efecto que le había producido el contratiempo. Pero el joven sonreía con fiado y un poco desafiante.

Margaret lanzó una exclamación, quizá de espanto, pero también, posiblemente, de desengaño al ver la indiferencia de su marido. En seguida, sin dar tiempo a que éste hablase, la joven supuso:

—Entonces, vamos a tener algo parecido a lo del león.

—No, no será parecido—respondió Wilson con convencimiento—. ¿Otro trago, Macomber?

—Sí, gracias, sí—aceptó el norteamericano tomando el frasco con mano segura.

—Iremos a echar un vistazo al segundo búfalo — explicó Wilson.

Se sentó al volante y Macomber se acomodó a su lado, encargándose de cargar los rifles. Se detuvieron a la sombra de un árbol, no lejos de su segunda víctima, que yacía inmóvil. Los dos hombres saltaron al suelo y se perrecharon de municiones.

—Yo también voy—les avisó Margaret.

Presumió Wilson que quería presenciar el pavor de su marido y, para desengañarla, accedió a admitirla sin regañar. Dos minutos después hacían alto junto al animal. Estaba muerto. Pero, para asegurarse, Wilson indicó a Macomber que lo rematase. El norteamericano cumplió el encargo sin titubeos y con gran pericia. Margaret se mordió los labios.

—Es una cabeza muy bonita—dijo Wilson estudiando al búfalo.

—Es preciosa. ¡Preciosa!—afirmó Macomber encantado.

—Yo opino que es feísima—chilló Margaret despechada—. ¿No podríamos irnos a la sombra?

—Pues claro que sí—accedió Wilson.

Regresaron al coche y se trasladaron al sitio donde el primer búfalo había cobrado vida. Wilson señaló, tras inspeccionar el terreno, unos marjales y dijo a Macomber:

—¿Ve usted aquellos macizos de allá?

—Sí.

—Pues ahí es donde se ha metido el primer búfalo. Por lo que ha dicho el ayudante nuestro que se separó de nosotros, cuando él se cayó el búfalo estaba tendido en el suelo. Se quedó observando cómo perseguíamos a los otros que iban al galope. Cuando volvió la cabeza estaba allí de pie. Saltó corriendo y entonces el búfalo se dirigió despacio hacia ese macizo.

—¿Podremos ir a buscarle ahora?—inquirió Macomber con entusiasmo.

—No. Es mejor darle un poco de tiempo.

Margaret, que había asistido muda al cambio de impresiones, pateó el suelo con impaciencia y malhumor y protestó:

—Por favor, vámonos a la sombra.

—Muy bien.

Wilson apostó a los negros en los sitios adecuados para que observaron el menor movimiento del búfalo, después de lo cual condujo el auto al sitio en donde empezaba la pista del animal herido. Frenó y se volvió hacia los Macomber, que iban en el asiento trasero.

—Lo más probable es que muera allí. Aguardaremos un poco y entonces iremos a ver.

—Esto sí que es cazar—exultó Macomber aceptando un cigarrillo de Wilson—. Jamás sentí una emoción semejante. ¿Verdad que es magnífico, Margaret?

—Lo odio, me repugna—tarfulió su esposa encogiéndose en un rincón.

Macomber alzó los hombros y dedicó su atención entera al cazador, que le contemplaba con afecto.

—No creo que vuelva ya a tener miedo de nada—aclaró—. Algo ocurrió dentro de mí cuando vimos a los búfalos por pri-

mera vez y salimos tras ellos. Como si se reventara un dique. Fué emoción pura.

—Le limpia a uno el hígado. A veces le ocurren a la gente cosas muy raras—confirmó Wilson.

—Pues, desde luego, a mí me ha ocurrido algo. Me siento completamente distinto.

—Te has vuelto completamente idiota—masculló Margaret.

Macomber no le prestó atención. Se frotó las manos y dijo:

—Me gustaría vérmelas con otro león. Ahora sí que no les tengo miedo. Después de todo, ¿qué pueden hacerle a uno?

—Exacto—aprobó Wilson—. Lo peor que puede ocurrir es que le maten. ¿Cómo era aquel poema de Shakespeare? Uno que yo solía citarme a mí mismo en ciertas ocasiones. Veamos—hizo memoria y recitó: —«Por mi fe, que no importa. Sólo una vez morir podemos. Debemos a Dios nuestra vida y que sea lo que El quiera. Aquel que hoy muera, no habrá de morir mañana.» Es bonito, ¿eh?

Macomber afirmó con la cabeza mientras Wilson se ruborizaba al recibir una rara mirada de Margaret. Macomber adelantó el cuerpo hacia el cazador y preguntóle:

—¿Tiene usted esa sensación de contento por lo que va a ocurrir?

—No debe usted mencionarla—le aconsejó Wilson—. Es mucho más exacto decir que se siente miedo. Aparte de que tendrá miedo muchas veces.

—Pero ¿nota usted una sensación de felicidad por lo que va a suceder?

—Sí, existe. Sólo que de nada sirve hablar demasiado de todo esto. Es mejor no comentarlo. Las cosas siempre pierden su encanto cuando se habla demasiado de ellas.

—No dicen más que tonterías—se enfadó de pronto Margaret—. Sólo porque han perseguido unos animales indefensos con un automóvil hablan como si fueran héroes.

—Bien. Lo siento—dijo Wilson.

Murmurando una excusa dejó solo al matrimonio. Ninguno de los dos habló. Pero los ojos de Margaret eran harto elocuen-

tes. Miraban con declarada hostilidad a su esposo. La vuelta de Wilson puso punto final a la escena.

—¿No cree usted que ya he hemos dado al búfalo bastante tiempo?—hizo notar Macomber.

—Sí, podemos ir a ver—declaró Wilson—. ¿Le quedan cartuchos?

—No.

Wilson le entregó una caja y desapareció en busca de Kongoni. Macomber llenó el depósito de su rifle. Molesto por la persistente mirada de su mujer, gritó con aspereza:

—¿Por qué me miras de ese modo?

Margaret apartó sus ojos de él. Al ver llegar al cazador Macomber se apeó. Wilson le recomendó que tirase con el «springfield» y dejó el «mannlicher» sobre las piernas de Margaret, recomendándole que estuviera alerta. Hecho esto mandó a su portafusiles:

—Kongoni, encárgate del rastro y lleva los ojos bien abiertos.

Kongoni gruñó y después prorrumpió en una catarata de palabras en su idioma nativo. Wilson sonrió y explicó a Macomber:

—Dice que está orgulloso de seguir un rastro para usted y que quisiera estrechar su mano.

—Gracias, Kongoni—exclamó Macomber alargando su diestra con la sensación de haberse quitado un peso de encima.

Los cazadores se adelantaron en pos de Kongoni, que avanzaba cautelosamente. Un repentino impulso hizo que Macomber se retrasara para volver la cabeza hacia el coche. Margaret, inmóvil, con el rifle sobre las rodillas, continuaba contemplándole. No agitó la mano para saludarle.

—No se separe—le ordenó Wilson que había reparado en su acto—. Y ahora escuche esto: cuando un búfalo se lanza ataca en línea recta y las cepas de sus astas le protegen el cerebro. El mejor blanco es en medio de la cara. También es bueno disparar al pecho, o, si está a su lado, en el cuello y en las paletillas. Una vez heridos cuésta Dios y ayuda rematarlos. Así que no intente ninguna filigrana. Elija el tiro que le sea más fácil—hizo una pausa y agregó: —¿Quiere usted volver?

—No. Me sentiré mucho mejor cuando haya terminado con esto.

—Vamos.

Caminaron un trecho. Kongoni se detuvo y estrutó la maza. La cabeza del búfalo apareció entre unas matas. Estaba inmóvil. El ojeador giró sobre sí mismo y gritó algo en siwahili. Con el rostro resplandeciente y la mano tendida, Wilson anunció a Macomber:

—Dice que el búfalo está muerto ahí dentro. Buen tiro.

Macomber respondió con vigor al apretón y gritó:

—Volveré al coche a decírselo a Margaret.

Dió media vuelta...

Entonces, un alarido desgarró el aire. El búfalo se había incorporado. Kongoni chilló algo y retrocedió a toda velocidad, seguido de Abdulla. Los dos blancos se replegaron rápidamente y se pusieron en línea, esperando a sus portafusiles.

Y el búfalo los embistió como un meteoro...

Los gritos habían sido oídos por Margaret, que, empuñando su rifle desmontó del auto, siguiendo las incidencias y los movimientos de los cazadores con los ojos desorbitados.

Así consiguió ver al búfalo atacando rabioso a Wilson y a sus acompañantes. Ninguno cedía pie, sino que disparaba con toda la presteza posible contra la furiosa masa que cargaba contra ellos. El búfalo se aproximaba, se aproximaba a Macomber. Este esperaba el encuentro impávido, animado por un ardor desconocido, igual a Wilson en apostura y en serenidad.

El búfalo estaba a cuatro metros de él.

Margaret hizo fuego sobre el grupo.

Macomber cayó al mismo tiempo que el búfalo.

Un silencio sepulcral reinó después de las detonaciones. Wilson miró intrigado el cuerpo de Macomber, creyéndole víctima de un ataque cardíaco...

—Francis! ¡Francis!—aulló Margaret corriendo hacia el lugar donde yacía el cuerpo de su esposo—. ¡Le he dado a él!

Wilson se incorporó del lado de Macomber con tiempo justo para detenerla. Con la cara pétrea le mandó:

—No lo vuelva ni lo toque. No serviría de nada.

—¡Oh, no, no! ¡No lo hice intencionadamente! ¡Lo hice sin querer!

Wilson la alejó del cuerpo de Macomber y dijo tranquilizador:

—Desde luego, lo sé. Domine sus nervios. Todo se arreglará dentro de lo posible.

Margaret se dejó caer al suelo y sollozó histéricamente, doblada sobre sí misma, con el rostro oculto en su regazo.

—¡Créame! ¡No era mi intención hacer una cosa así! ¡No era mi intención hacerlo!

—Desde luego que no. Fué un accidente. Tiene usted razón. No ha sido culpa suya—la apaciguó Wilson.

Se incorporó y ayudó a Kongoni a extender una manta sobre el cadáver, haciéndole saber que no debía tocar ninguno de los rifles. Comprendido esto por su portafusiles, agregó:

—Dí a Abdulla que venga aquí para atestiguar cómo ocurrió el accidente. Después coge el coche, vete al lago y pide por cable que nos envíen un avión para llevarnos a Nairobi. Yo me quedaré con la señora.

Dicho esto se aproximó de nuevo a Margaret...

Este fué el informe que escribió Robert Wilson, cazador profesional, después de una noche de meditación constante. Redactados estos hechos introdujo los papeles en un sobre, en el que escribió la dirección del capitán Smollet, comisario de policía de Nairobi.

TERMINA EL CASO MACOMBER

Al día siguiente, Margaret Macomber entraba en el edificio de la Jefatura de Policía de Nairobi, cruzaba un patio rodeado de soportales y vigilada por enormes guardias negros, pasaba a una galería y se adentraba en el despacho del comisario.

Una hora más tarde debía celebrarse la encuesta sobre la muerte de su marido. Estaba muy pálida, con los nervios destrozados, pero se había vestido con exquisita elegancia y el negro color de su vestido hacía resaltar su belleza poco común.

El capitán Smollet la acogió con su galantería proverbial y le ofreció un sillón, excusándose a renglón seguido:

—Lamento haber tenido que rogarle que viniera aquí.

—Gracias. Ha sido usted muy amable—murmuró Margaret—. Capitán Smollet, ¿qué es lo que necesitan de mí?

—Sólo hacerle unas cuantas preguntas. Pura rutina. Puede ser que ni siquiera la llamen. Desde luego, depende mucho de lo que Wilson haya puesto en ese informe. Aquí llega él.

Se levantaron para recibir al cazador, que los saludó parcamente. El capitán Smollet le reprochó amistosamente su tardanza y Wilson aclaró:

—Tuve que ir a la Asociación de Cazadores Blancos.

—¿Fueron duros con usted?—preguntó Smollet.

—Fueron justos. He perdido mi licencia.

—Bueno, no se apure—le consoló el comisario—. Ya lo arreglaremos... ¿Trae el informe? El fiscal está preparándose para interrogar a la señora Macomber.

—Usted me lo pidió para el cónsul americano — protestó Wilson.

—¿Acaso hay algo en él que no pueda leer el jurado?

—No.

Wilson dió el sobre con el informe al comisario. Smollet hizo una inclinación ante Margaret y les pidió perdón por tener que ausentarse. La señora Macomber ni siquiera se percató de su marcha. Contemplaba fijamente, casi con miedo, a Wilson, que estaba dejando su sombrero sobre un archivador.

—Siento mucho lo de su licencia.

—Gracias—respondió Wilson sentándose en el borde del escritorio del comisario.

—¿Cómo averiguaron que habíamos perseguido a los búfalos en el coche? ¿Se lo dijo usted?

—Saben todo lo que se refiere a la caza. Allí no estábamos solos. No se preocupe, no le ocurrirá nada, aparte de ciertas molestias desagradables que la esperan ahí dentro. Smollet tiene las fotografías que tomé en el lugar del accidente. Tienen el testimonio del conductor y de nuestros muchachos.

—¿Por qué no fué al funeral?—preguntó, súbitamente, Margaret.

—Me fué imposible. Lo siento. Debe saber que empezaba a apreciar a su marido. Quiero decirle que me alegro de que, antes de morir, descubriera lo que significa ser hombre de veras. ¡Qué corta fué la felicidad de Francis Macomber!...

Margaret se levantó del sillón y se acercó a él hasta casi tocarle.

—Usted no cree que fué un accidente.

—Eso ha de decírmelo usted.

—¿También usted quiere interrogarme? — sollozó Margaret dándole la espalda—. ¿Precisamente usted?

—No. Se equivoca—contestó Wilson obligándola a mirarle—. Yo no soy juez, ni soy mejor de lo que usted puede ser. Ambos estamos complicados en este asunto, pero necesito saber la verdad por propia conveniencia... Por ejemplo, ¿por qué se les ocurrió venir a cazar y por qué precisamente aquí?

—No quiero contestar—replicó Margaret con violencia.

Con violencia no menor, Wilson dijo sarcástico:

—Entonces será mejor cambiar el tema. ¿Qué opina usted de la caza? ¿Y de las guerras de conquista, de su salvajismo? ¿Y de las situaciones en que sobresale nuestra verdadera personalidad? ¿Se arrepiente de haber hecho este viaje?

—No sé a qué viene todo eso.

Wilson creyó que iba a abofetearle. Tal vez lo hubiera gustado que lo hiciera para tranquilidad de su conciencia. Pero Margaret logró dominarse. Y, por consiguiente, el cazador prosiguió:

—Sé que usted temía a su esposo, que llegó usted a temerle cuando comprendió que él había perdido el miedo.

—Tal vez—respondió Margaret lentamente—. Sin embargo, eso no viene ahora al caso. Esta desgracia podía ocurrirle a cualquiera.

Hubo una pausa. Wilson durante ella estudió a Margaret y sospechó lo que estaba pensando.

—¡Qué frágil es la vida! ¿Verdad?—exclamó.

—Nunca creí que lo fuera tanto—afirmó Margaret—. ¡Cómo cambia todo en el curso de unos minutos!

—Usted estaba observándonos con el rifle en la mano y, presa del natural espanto, en una décima de segundo pensó: «Tengo que ayudarles, tengo que disparar para salvarlos.»

—Basta, por favor! ¡No siga!

—Está bien, no seguiré—accedió Wilson cambiando de tono.

—Me hago perfecto cargo de su estado de ánimo. Pero antes de que Smollet vuelva para conducirla ante el jurado, deseo que sepa que he declarado que fué un accidente... Ahora le ruego que me cuente la verdad de su vida con Francis.

—Lo haré, pero no sé por qué he de sufrir tales preguntas.

Wilson la miró al fondo de los ojos. Y Margaret entendió.

Wilson la amaba pero no se atrevía, no debía decirlo en aquellos momentos. Un enorme regocijo, un alivio y agradecimiento inmensos inundaron todo su ser, porque ella, también ella, había aprendido a amar a aquel hombre bueno, sincero y noble.

Wilson comprendió a su vez que ella le amaba, pero que tampoco osaba confesarlo. Y su dicha estuvo mezclada con un malestar insoportable. De todas formas, con acento severo, respondió:

—Porque me interesa saber qué clase de mujer es usted. ¿Quería usted mucho a Francis?

—Empezaré por el principio—contestó Margaret—. Nos casamos en 1937. Francis era entonces un hombre muy agradable. Yo creí que él me quería tanto como yo a él, pero pronto descubrí que me había equivocado. Pronto supe las debilidades de Francis, la forma en que encubría su carácter hosco y, a veces, hasta cruel. Así pasó algún tiempo.

—¿Por qué no se separaron entonces?

—Porque le quise lo suficiente para casarme con él y, a pesar de todo, le seguía queriendo. Creí que con el tiempo cambiaría. Estaba completamente segura de ello, pero luego, poco a poco, fui dándome cuenta de que es muy difícil que cambie el carácter de una persona. Teníamos algunos disgustos, pero siempre acabábamos haciendo las paces. Me convencía diciendo que estaba muy enamorado de mí, que comprendía que a veces se dejaba llevar de sus impulsos, pero que haría lo posible por enmendarse.

—¿Y usted continuaba creyendo en sus palabras?

—No, no siempre las creía. Pero, en realidad, yo le tenía cariño. Luego fui teniendo cada día más desengaños. Mi vida transcurría de una manera bastante triste, pero yo le quería y no me importaba.

—Parecía usted llevarse muy bien con él cuando iniciamos la cacería.

—Hablamos hecho una especie de convenio en última instancia y yo estaba procurando cumplirlo hasta el final. Pero cuan-

do le dejó a usted solo con el león y luego pegó a aquel pobre muchacho, comprendí que no tenía remedio. Sufrí otra decepción.

—Pero luego él se reivindicó e iba a decirle a usted que...

—Todo cuanto iba a decirme me lo dijo—le interrumpió Margaret—. En cierto modo aun continuaba queriéndole, pero me di cuenta de que mi cariño se iba convirtiendo en indiferencia. En eso pensaba cuando me quedé allí observádoles a los dos. Entonces el búfalo atacó. Si, les vi a ustedes dos por el punto de mira y en medio de la confusión a la fiera. Entonces disparé...

Margaret calló un momento. Se encaminó a la puerta y posó la mano en el tirador. Como si se arrepintiese de callar en aquel instante decisivo, sollozó:

—Hay momentos en que sólo Dios sabe cómo ocurren ciertas cosas, pero yo le aseguro que, aunque en cierto modo las circunstancias me condenen, fue una desgracia, un accidente.

Abrió la puerta. Wilson de un zancada se puso a su lado.

—¿Adónde va?—exclamó.

—El fiscal está aguardando—sonrió Margaret con tristeza.

Wilson le estrechó la mano hasta hacerle daño. Y dijo, con voz ronca a causa de la emoción:

—Si las cosas ocurren como espero, pronto se verá en libertad.

—¿De veras lo cree?

Los dos jóvenes se estremecieron, rozados por la esperanza.

—Claro que sí—declaró Wilson con firmeza—, pero debo usted tener mucha entereza.

—Yo sólo diré la verdad y cúmplase la voluntad divina.

—Dios es justo. Confíe usted en Él.

—Esta situación debo afrontarla sola—murmuró Margaret, sabiendo que Wilson la entendería—. Sin embargo, me consuela conocer que cree en mí.

—Buena suerte.

—Gracias, Wilson.

Lentamente, Margaret empezó a recorrer la galería en dirección al despacho del fiscal. Wilson la miraba con intensidad, como si fuera a verla por última vez. Pero estaba convencido de

que saldría libre. Sea lo que fuera, él la esperaría siempre.
¡Siempre!

Margaret volvió la cabeza por un momento hacia el despacho del comisario y distinguió el rostro preocupado e ilusionado del cazador. Se sintió reconfortada por sus miradas.

Pausadamente, alzó una mano en un ademán que tanto podía ser saludo de despedida como de encuentro.

Y desde la puerta Wilson respondió...

F I N

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

(Serie Alta)

2'50 ptas.

Velado con lo que ha-
tes.

Por la dama y el honor

María Estuardo

La predica millonario

Los peligros de la gloria

La bella rebelde

Buscando fama

Una mujer imposible

El hombre del Niger

Estrafios en luna de miel

Fruto dorado

Andrés Harvey, tenorio

El secreto del marqués

Irene

Una hora en blanco

La batalla

La familia Robinson

El valle del sol

Quien conquista es la

mujer

Casados sin casa

La mujer de las dos ca-

ras

Luna llena

La hora radiante

El signo de la cruz

Cuando ellas se encuen-

tran

El rapto de Laura

Una chica se divierte

El Club 400

Una mujer endiablada

La vuelta del Rama

El gran jefe

Cuando los hijos se van

Otra vez más

Inventos ambiciosos

El sospechoso

Matrimonio de inconve-

nencia

Una chica afortunada

La dama del tren

Documento Z. 3

Zaza

Michael Redgrave

Paul Lukas

K. Hepburn

Cena Raymond

James Cagney

Ann Southern

Don Ameche

Jermy Jujo

Victor Francen

Hugh Sinclair

Gable - Colbert

Mickey Rooney

Armando Falconi

Ann Nagle

Franchot Tone

Charles Boyer

F. Bartholomew

I. Craig, L. Bell

M. Hopkins

Menjou-P. Negri

Greta Garbo

J. MacDonald

Joan Crawford

Friedrich March

Joan Crawford

Joan Fontaine

Jean Arthur

Anne Shirley

Lupe Vélez

Victor MacLaglen

Fernando Soler

Ernold Colman

William Holden

Ch. Laughton

Diana Berrimore

Jean Arthur

Diana Durbin

Iza Miranda

C. Colbert

«Serie especial»

3'50 ptas.

Jorge Negrete (Biogra-

fia.

La cámara diabólica (1.^a

parte)

El rayo de la muerte

(2.^a parte)

La Dolores

Tarzan de las fieras

La madrina del diablo

Sargento York

Seda, sangre y sol

Una carta de amor

Una mujer internacional

Mi novio está loco

¡Ay Jalisco, no te rajes!

También somos seres

humanos

La venganza de Lagar-

dero

Camino de sacramento.

Destino

Extraña mujer

La dama de la frontera

Morcineta Clara

Montecassino

Jorge Negrete

Jorge Negrete

Flash Gordon

Flash Gordon

Arturo Godoy

Buster Crabbe

Jorge Negrete

Gary Cooper

Jorge Negrete

Jorge Negrete

George Brent

Dennis O'Keefe

Jorge Negrete

Burgess Meredith

Jorge Negrete

Jorge Negrete

Ingrid Bergman

Hedy Lamarr

Yvonne de Carlo

Evita Muñoz

(Chachita)

Ubaldo Lay

«Nueva serie»

3 ptas.

Olivia

El duque de West Point

El nuevo Zorro

Rutas infernales

Hombres intrépidos

Kit Carson

La ruta del Este

¿Crimen o suicidio?

¿Qué lindo es Michoa-

acán!

K. Hepburn

Joan Fontaine

John Carrol

John Wayne

John Wayne

John Hall

John Ayer

Paul Kelly

«Serie especial»

4 ptas.

El Ametralladora

[Viva mi desgracia]

Como México no hay

dos

7

El fanfarrón

Una canción en la noche

Aladino y la lámpara

maravillosa

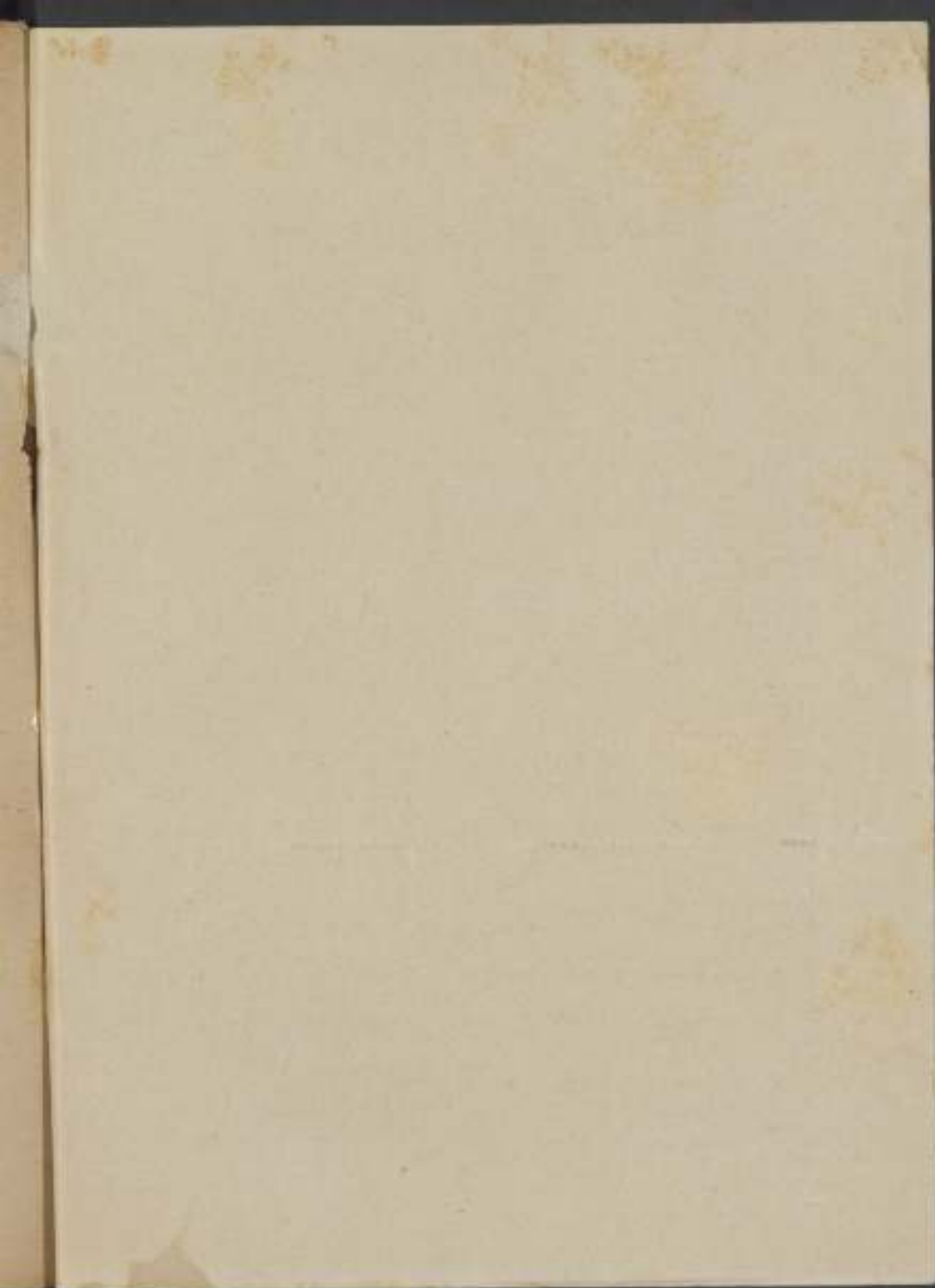
Mujeres

Cran Casino

Hombres de paja

El mundo caelestia

El ahijado de la muerte</



CANCIONERO

de **Editorial ALAS**

1 peseta

RAFFLES
ANGEL SANZ
PEPE BLANCO
JUANITO PEÑA
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
LA GITANA BLANCA
MANOLO CARACOL
NIÑA DE LA PUEBLA
JUANITO VALDERRAMA
LOS MEJORES CANTARES
ANTONITA MORENO
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
CARDOSO (Tengo)
RAQUEL RODRIGO
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER
LOLA ALEGRIA
LOS PONCHOS
LUIS ARAQUE



IRMA VILA
NEGRETE
LA RIOJANITA
MARIA ELVIRA
JUANITA REINA
NINO ALMADEN
HUGO DEL CARRIL
MANOLO SEVILLA
NINO DE ORIHUELA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
RUISEÑORES DEL NORTE
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
IMPERIO DE TRIANA
MONIQUE THIBAUT
JOSE LUIS CAMPOY
ALFONSO GUERRA
PEPE MARCHENA
ALICIA MUÑOZ
LOLA FLORES
JOSE MARIA

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS - ANTONIO MACHIN - BONET DE SAN PEDRO
MARIA DEL VALLE - LOS CLIPPER'S

2 ptas.

Cinco Vocalistas del Jazz - Cinco Estilistas Calés - Cinco Estrellas Calés
Cinco estrellas del Hot - Trío Calaveras - Cuarteto Tropical - Irma Vila
Antonio Machin - Curro Lucena - Bronce y Seda - Arriba Va - Estrellas
da la Radio - Negrete, Irma Vila y Trío Calaveras - Pepe Blanco

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR